Ciro René Lafón y su Pequeña Historia del Museo Etnográfico y la antropología de Buenos Aires

Ciro René Lafón and his Little History of the Ethnographic Museum and the Anthropology of Buenos Aires

Rosana Guber

Electronic version

URL: <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1139>

DOI: 10.4000/corpusarchivos.1139

ISSN: 1853-8037

Publisher

Diego Escolar

Electronic reference

Rosana Guber, «Ciro René Lafón y su Pequeña Historia del Museo Etnográfico y la antropología de Buenos Aires», *Corpus* [En línea], Vol 1, No 2 | 2011, Publicado el 30 junio 2011, consultado el 19 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1139> ; DOI : 10.4000/corpusarchivos.1139

This text was automatically generated on 19 April 2019.

Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial 2.5 Argentina (CC BY-NC 2.5 AR)

Ciro René Lafón y su Pequeña Historia del Museo Etnográfico y la antropología de Buenos Aires

Ciro René Lafón and his Little History of the Ethnographic Museum and the Anthropology of Buenos Aires

Rosana Guber

EDITOR'S NOTE

Fecha de recepción del original: 11/10/2011

Fecha de aceptación para publicación: 16/12/2011

- 1 Una tarde soleada del 9 de setiembre de 2003 me fui a la casa ubicada en Peña 884 (y Palacios) en Banfield, partido Lomas de Zamora, en el Gran Buenos Aires. Allí vivía hacía décadas *Ciro René Lafón*, un profesor de arqueología a quien no había conocido porque cuando ingresé a la carrera de Ciencias Antropológicas en 1975, él ya estaba fuera de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde se había formado en los '40, y había trabajado, enseñado e investigado desde 1947.
- 2 El motivo de mi visita era conocer la época previa a la constitución de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de 1958. Estaba tratando de reconstruir el clima en que *Lafón*, *Horacio Difrieri*, *Elena Chiozza*, *Roberto Fraboschi*, *Zunilda Van Domselaar* y mi maestra *María Esther Alvarez de Hermitte*, entre otros, se habían acercado a la antropología mientras cursaban las asignaturas antropológicas y geográficas del Profesorado de Historia de la UBA en el Museo Etnográfico (Guber 2006).
- 3 Conversamos durante unas tres horas y cuando estaba por irme me entregó un manojito de hojas mecanografiadas a espacio y medio (un auténtico "original"), y un diskette con el mismo contenido. La versión impresa tenía, además, una hoja manuscrita en doble faz y tinta azul que no estaba digitalizada. *Lafón* me dijo que éste era su testimonio y que

esperaba que se publicara algún día. Creo que él sabía que esto podría ocurrir después de su muerte; tenía ya 80 años.

- 4 Las 50 páginas mecanografiadas en papel—que en la versión digital se reducen a 28—fueron concluidas en noviembre de 1974, dos meses después de que interviniera la Universidad de Buenos Aires Alberto Ottalagano, delegado rector del ministro de educación Oscar Ivanissevich bajo la gestión de Isabel Martínez, viuda de Juan D. Perón. En diciembre las facultades abrieron nuevamente sus puertas por un brevísimo lapso. La Facultad de Filosofía y Letras fue relocada del viejo Hospital de Clínicas (hoy Plaza Bernardo Houssay) a la Avenida Independencia al 3100, sin la carrera de Psicología, que se transformó en una carrera con edificio propio, ni la de Sociología, que pasó a depender de la Facultad de Derecho. Fue en ese breve interregno de diciembre que Lafón se enteró, como muchos otros, que no podría volver a franquear la puerta “del Etnográfico”. Esa tarde del 2003 me contó que fue dejado cesante por el nuevo decano de la Facultad, el Presbítero Sánchez Abelenda. Pero esa cesantía no le fue notificada formalmente, sino que se infería por su ausencia de la lista de profesores
- 5 que acababan de ser confirmados en sus cargos. Cuando fue al Museo a buscar sus efectos personales recordó haber sido sacado del hall de entrada de Moreno 350 a punta de pistola, aunque después se corrigió y limitó el hecho a que el hermano de Sánchez Abelenda le había dejado ver el arma que llevaba en el cinto. Lo cierto es que allí en el Museo quedaron sus libros, diapositivas y materiales de investigación, lo que para un arqueólogo es mucho más que lo que es hoy el disco rígido de cualquier computadora: carece de copia.
- 6 El escrito que Lafón me dio en 2003 debió haber sido redactado en aquel interregno de dos meses en que nadie sabía aunque muchos suponían cómo sería la nueva universidad. Su redacción original no parece haber sido modificada y sólo agregó la brevísima sección manuscrita que, creo, estaba destinada a mí, una colega menor en edad y trayectoria, y a la que él no conocía hasta entonces. Como apreciará el lector de este documento, el *Post-scriptum* difiere de la *Breve Historia* en su tono desgarrador, y en la cita denunciante de los nombres de aquéllos que lo alejaron definitivamente de la vida académica. Quizás al leer estas dos carillas manuscritas se comprenda por qué las escribió y me las dio junto a las hojas mecanografiadas con algunas correcciones en la misma tinta que la hoja final. Infiero por eso que cuando Lafón me concedió la entrevista buscó ese escrito entre sus papeles, volvió a leerlo, introdujo unas pocas correcciones de redacción, hizo el *Post-scriptum* que agregó al final, puso todo en un folio transparente y lo preparó para dármele en mano al finalizar nuestro encuentro.
- 7 Toda esta reconstrucción de los contornos del escrito que aquí presento no es una caída en el narcisismo postmoderno, sino una aproximación relevantísima a un largo y denodado esfuerzo de explicar/denunciar/ transmitir las causas que lo habían llevado a lo que él concebía como su injusto ostracismo de la antropología argentina. Quedará a juicio del lector la apreciación de la profunda brecha que separó dos épocas, antes y después de 1974, para el autor de este documento y para quienes participaron del devenir de la antropología porteña.
- 8 Poco sabía yo de Lafón, comparado con figuras que circulaban de manera prominente en las historias de la antropología argentina: José Imbelloni, Oswald Menghin y Marcelo Bormida, que generalmente oficiaban de antagonistas; mucho menos Enrique Palavecino, el etnógrafo y el “progre” de los primeros profesores de la licenciatura (Lischetti 1989, p.11); Salvador Canals Frau al frente de la primera etapa del Instituto Étnico Nacional, y Augusto

Raúl Cortazar en las historias del Folklore académico. Lafón, en cambio, quedaba un tanto desleído, mencionado aquí y allá como miembro del cuerpo de profesores de la primera licenciatura o como parte de las huestes de arqueólogos de los '60 (Garbulsky 2000). Incluso podía ser completamente ignorado en la trayectoria de la especialidad y erradicado del listado de notables de la antropología argentina (CAEA 1985). Académicamente, se lo citaba como arqueólogo histórico-cultural debido, en buena medida, a un párrafo de un artículo de su autoría publicado en los *Anales de Arqueología y Etnología* de Mendoza, en 1960; allí ponderaba a la corriente “verdaderamente constructiva” de la arqueología cuyo “prototipo” eran los trabajos del prehistoriador austríaco Menghin (Politis 1992, p.77). Esta afirmación se reforzaba en la dedicatoria de su *Nociones de introducción a la antropología* (1972) a quien aún en 2003 ponderaba como su maestro, José Imbelloni, al que recordaba tocando el clavicordio en una casa de tono solemne que más bien se parecía a un museo y a una iglesia. Tal sesgo le valdría su etiquetamiento teórico, independientemente de sus posteriores desarrollos manifiestos en sus extensos trabajos sobre Humahuaca y Huichairas publicados por *Runa*. Al entender de Lafón, dichos artículos “Responden todos ellos a la necesidad de completar el conocimiento sobre el desarrollo cultural de esa región de nuestro país, que parece cada día más haber sido sede de grupos humanos con una continuidad cultural no sospechada, y también, de poner en evidencia la necesidad impostergable de estudios de carácter integrativo con miras a incorporar definitivamente a la vida nacional a estas comunidades de cultura tradicional, antes de su total desintegración” (Lafón 1969-70, p.275).

- 9 Más que a la torre de marfil habitual de la concepción monástica y jerárquica de los histórico-culturales, y pese a que quienes ocuparon la licenciatura antropológica a partir de la intervención del '74 enarbolaron los ciclos culturales y la Nueva Escuela de Imbelloni como su credo fundacional, la justificación de Lafón por el desarrollo cultural argentino lo aproxima a cierto giro aplicado de la antropología, que puede haber nacido en él de su opción peronista, según Hugo Ratier (1988) por su origen forjista, y seguramente por su concepción de la labor académica como un “acto de servicio” basado en el trabajo, la humildad y la perseverancia. Así, pese a sus vaivenes, la especialidad arqueológica, rama destacada y con cierta trayectoria ya en la antropología argentina, estaba orientada, decía Lafón, a comprender la realidad nacional y a mejorar las condiciones del subdesarrollo de vastas zonas del país. Para ello era imprescindible su modernización y autonomía, o lo que él llamaba “profesionalización”. Este camino debía hacer a un lado a los diletantes y amateurs. Pero, conforme se politizaban los claustros hacia 1973, Lafón arremetía también contra quienes sin trabajo ni estudio ni experiencia, escudaban su meteórico ascenso político-académico en reivindicaciones rimbombantes pero de nulo valor científico. Los agentes de este proceso de profesionalización debían ser los colegas reunidos en una “comunidad” de pares donde la relación entre profesores y alumnos alojados en el Museo debía desenvolverse de cara a la práctica, al debate en seminarios y no a las clases magistrales, promoviendo el crecimiento conjunto con miras a la formación sistemática de los jóvenes profesionales, a la vez docentes e investigadores.
- 10 Este texto que aquí presento debía contribuir a ello. Lafón lo consideraba “un documento espontáneo y personal, casi diríamos con mayor precisión, un *testimonio* del autor sobre la enseñanza y la investigación de la especialidad en esa Casa de Estudios”, el Museo (p.1). Pero su propósito era “hacer una evaluación objetiva de la tarea de los años mencionados y la hace pública como testimonio personal de un proceso en el que ha tomado parte y en

el que ha intervenido” (p.1). Trataba así de esclarecer al público y a la nueva conducción universitaria acerca de las verdaderas actividades que se llevaban a cabo en su interior. Valía la aclaración porque aquellas tres décadas habían transcurrido en “contextos no siempre académicos sino vehementes, cuando no ásperos” (p.1), que acabarían por costarle su vocación y su entrega.

- 11 Pasaba entonces revista a las múltiples actividades que había desempeñado— aprendizaje y entrenamiento de campo, docencia, investigación y organización institucional—y a las instancias nacionales que lo afectaron llegando a exponerlo a él y a sus tareas peligrosamente. Con estilo cuidado y formal, Lafón iniciaba sus tres décadas en el Museo, al que llamaba “Institución Madre de la arqueología argentina”, con una breve introducción, y luego con “tres partes” la primera de las cuales se titulaba “Pequeña Historia”. Le seguía el *Post-scriptum* de 2003. Así, pese al anuncio tripartito, no hay en el cuerpo principal del texto otras partes o secciones. Parece, más bien, una redacción inconclusa cuyas razones probablemente se encuentren en su agregado final.
- 12 Sin embargo, el punteo habitual que marca la temporalidad académica y que encontramos en otros escritos de historia de la antropología argentina, no está ausente aquí, aunque se vierta más concentrado en sus efectos concretos en el Museo de la Facultad. Lafón distinguía una etapa introductoria con su propia formación y sus comienzos como técnico y asistente desde 1948, la trunca creación de la licenciatura en Americanística de Imbelloni, hasta el ‘55 con la “jubilación” de Imbelloni y el retiro de Casanova; la subsiguiente renovación de la Universidad y la creación de la licenciatura en Ciencias Antropológicas del ‘58; la fase del ‘59 al ‘66, con el primado arqueológico de Menghin, y del ‘66 al ‘72 con la propia participación de Lafón en la docencia y la promoción de la investigación; el ‘73 como “año de ajuste”, y el ‘74 como inicio del nuevo plan hasta la intervención. Finaliza el escrito con el mencionado *Post-scriptum* donde explica qué le sucedió tras la intervención peronista del ‘74.
- 13 A lo largo de sus páginas, sin embargo, Lafón hace un denodado esfuerzo por establecer continuidades, destacando el restablecimiento, la normalización, el ajuste, y la existencia a veces tácita, a veces explícita de ciertas concepciones de trabajo en la investigación y sobre todo en la docencia arqueológica. Con estilo mesurado y siempre en tercera persona del singular, Lafón se presenta como símbolo de una línea continua que atraviesa las rupturas que vivió en carne propia—el ‘43, el ‘47, el ‘55, el ‘66, el ‘73 hasta 1974—iniciándose “desde abajo” como técnico, doctorándose después, y emprendiendo la carrera docente y de investigación desde diversos cargos, algunos de conducción (cátedras, Departamento, Comisión de Reforma del Plan de Estudios) que acometió por propia voluntad, por desempeño, por fallecimiento o por retiro y exoneración de sus superiores. Profesor que no se apartó en 1947, ni renunció en 1966, ni tampoco en 1973, fue dejado cesante sin justificación a fines de 1974 para no regresar jamás al Museo, ni aún después de 1984 cuando le quedaban todavía 20 años de vida. En el escrito y en nuestro encuentro atribuía esta desvinculación a “dos pecados capitales” y a una postura estrictamente académica planteada como decisión moral, que sostuvo pese a los embates externos y a las presiones internas.
- 14 En este sentido, Ciro René Lafón es un personaje difícil de encuadrar para la perspectiva dualista que aún domina las historias de la antropología argentina desde aquel magnífico estudio retrospectivo de Guillermo Madrazo escrito en 1982 y publicado tres años después. A diferencia de la temporalidad cíclica de sucesión catastrófica en que a un período progresista (en lo académico y teórico) y democrático (en lo político nacional) le

sucede otro persecutorio y reaccionario (en lo académico, teórico y nacional) (Guber 2009), Lafón apela a una continuidad de treinta arduos años bregando ‘desde adentro’ de la institución antropológica por la profesionalización de la arqueología. Sin abundar en detalles conflictivos, ni en sus posicionamientos ante los sucesivos cambios de mando, sin proceder a la denuncia lisa y llana, en su escrito prefiere hacer pie en ‘lo que pudo hacerSE’, sin personalizar demasiado, y haciendo hincapié en la formación de los jóvenes: entrenamiento en el campo y campañas con estudiantes, análisis conjunto de los materiales por profesores y alumnos, apertura de los cenáculos exclusivos de los viejos sabios y sus contados preferidos, exploración de áreas de estudio (Noroeste, Nordeste y Sierras Centrales) fuera de las dominantes en la arqueología de la Facultad (Pampa y Patagonia).

- 15 En su intervención para la celebración de los 30 años de la Licenciatura de Ciencias Antropológicas, el arqueólogo Luis A. Orquera afirmaba lo siguiente:
- 16 Se ha hablado mucho, se habla mucho, constantemente, de la influencia de la Escuela Histórico Cultural en el Plan de Estudios de la carrera, antes y después del año '73. Sin embargo, tengo que hacer un par de aclaraciones significativas.
- 17 La materia Arqueología Americana, dictada por el Dr. Ciro René Lafón, desde la creación de la carrera, no participaba en la orientación de la Escuela Histórico-Cultural. Era culturalista, indiscutiblemente, como eran culturalistas todos los antropólogos del mundo en esos momentos. No había una forma de dar una materia con un criterio materialista. Pero no era el culturalismo histórico, alemán, austríaco, europeo, que imperaba sin ningún tipo de tapujos y salvedades en el campo de la Etnología y otras materias afines. Era una orientación culturalista americana con raigambre que se podría remontar, en lo más lejos, hasta Boas o hasta Linton. No hay que olvidar que Lafón fue quien incorporó al estudio de la Arqueología Americana, en nuestro país, las obras de Willey y Phillips, que son culturalistas, indiscutiblemente, no son materialistas pero tampoco histórico-culturales (1988, p.59).
- 18 Refería entonces a tres corrientes en el dictado de las asignaturas arqueológicas: la histórico-cultural, “un fuerte, MUY FUERTE, componente evolucionista, a través de la importancia que se le reconocía a Childe. Y había también un tercer componente secuencial tipológico, de Bordes, ...” (1988, p.59, énfasis original), y luego recordaba que con el nuevo programa del 73-4:
- 19 El primer curso estuvo destinado a una revisión crítica de la problemática arqueológica, de acuerdo con las instrucciones y los lineamientos que dio el Departamento [ya encabezado por el Lic. Hugo Ratier]. Yo allí era Jefe de Trabajos Prácticos, el titular de la cátedra era Ciro René Lafón y aceptamos—no tuvimos ningún tipo de inconveniente—en reconocer que una estructura académica paternalista y autoritaria, no podía ser mantenida, que debía ser cambiada, que era necesario que cambiara.
- 20 Y buscamos una organización en forma de grupos de trabajo, de discusión de los temas. Resultado del cual, yo sentí una profunda compasión por los alumnos; porque trabajaron mucho más, tuvieron que leer y estudiar mucho más que lo que habían leído, estudiado y trabajado cuando la materia se dictaba de la manera tradicional.
- 21 Sin embargo, los resultados fueron muy buenos y yo quedé muy satisfecho del éxito que tuvo ese primer cuatrimestre.
- 22 Al año siguiente, sin embargo, la materia no se dictó; se dictó sólo un seminario de Arqueología (a cargo de Lafón) en el cual se aplicaron las pautas que siempre se habrían

debido aplicar en el Seminario: las de discusión libre y participación intensiva por parte de los alumnos (1988, p.60, mis corchetes).

- 23 Por su parte, Hugo Ratier lo reconocía como uno de los “arqueólogos que dio apoyo a los jóvenes egresados y alumnos que se resistían al modelo elitista de investigador que se pretendía formar desde las cátedras” antes del breve intento transformador de 1973:
- 24 En Buenos Aires, desempeñó un importante papel **Ciro René Lafón**, de filiación histórico-cultural pero sensible a los nuevos tiempos y preocupado por ‘la cuestión nacional’. No hesitó en recorrer un periplo poco frecuente y en encabezar equipos de alumnos que, en la quebrada de Humahuaca, iniciaron una indagación diferente de la realidad local” (1986/2000, p.33).
- 25 Habida cuenta de estos importantes aunque infrecuentes atisbos por matizar el pasado disciplinar y complejizar las figuras que delinearon su trayectoria, el texto que aquí presento contribuye a revisar nuestra persistente y dicotómica concepción acerca de la etapa formativa de la institucionalización de la antropología ... de Buenos Aires. “Antropología porteña” porque en las encrucijadas institucionales se dieron cita y conflicto personalidades relevantes que decidieron, por ser “de Buenos Aires”, la conformación, con vicios y aciertos, de uno de los polos antropológicos de la Argentina. De la mano de su autor, acaso sirva también para comprender cómo quiso ser recordado **Ciro Lafón**, el entrañable profesor que participó de una historia improbablemente “pequeña”, no como la diatriba contra el nazi-fascismo entre otros obstáculos, que ciertamente existieron, sino como la ponderación de un esfuerzo conjunto por conocer los confines comunes de la Nación, la cultura y la sociedad argentina.

ANEXO: LA ARQUEOLOGIA Y EL MUSEO ETNOGRAFICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

- 26 por: **Ciro R. Lafon**
- 27 *El texto se mantiene tal como se hallaba en el diskette entregado por C. Lafon*
- 28 INTRODUCCION
- 29 Las páginas que siguen no aspiran a ser una historia menuda de la importancia del Museo Etnográfico en el devenir de la Arqueología Argentina, porque eso haría necesario un frondoso aparato erudito y documental que por su mismo carácter desvirtuaría la finalidad con la que ha sido concebido. Por el contrario, sólo pretenden convertirse en un documento espontáneo y personal, casi diríamos con mayor precisión, en un *testimonio* del autor sobre la enseñanza y la investigación de la especialidad en esa Casa de Estudios, a la que se halla vinculado íntimamente desde principios de la década del 40 y a la que sirve desde el mes de febrero de 1948.
- 30 Esta circunstancia presta un matiz particular a todo lo que se dirá más adelante, que lo convierte así en las *Memorias* de alguien que ha vivido tres décadas en una Institución, por lo menos en su primera parte, que ha sido denominada *Pequeña Historia*. Pero, en su segunda parte, ese sello personal con algo de autobiografía, que tan ajeno parece a los escritos científicos, supuestamente asépticos y objetivos, entra en otro cauce más peligroso y poco frecuentado, que puede resultar insólito sino criticable en grado sumo: el autor hablará de su propio papel y de quienes han colaborado con él en la orientación de

la docencia y la investigación de buena parte de los trabajos que se cumplen en la Casa en Arqueología. Hablará de él lo menos posible, sin falsa modestia, y mucho, de sus colaboradores, porque sin ellos no podría haber hecho gran cosa. Asunto riesgoso y difícil hacer historia contemporánea cuando quien escribe está haciendo esa historia, tan difícil como ser sujeto y objeto de la Antropología de nuestro país, que es lo que todos queremos, pero que no se hace por temor de equivocaciones y porque es más fácil mirar hacia afuera. En esta ocasión el autor ha mirado hacia adentro, de espaldas a la reja que da a la calle: Moreno 350, para hacer una evaluación objetiva de la tarea de los años mencionados y la hace pública como testimonio personal de un proceso en el que ha tomado parte y en el que ha intervenido. Y ha mirado también hacia afuera, por eso es que ha traspasado la reja y sale a decir qué es lo que se hace, cómo se hace y para qué se hace.

- 31 Ha estimado conveniente romper con un estilo de trabajo silencioso, tenaz, constructivo, llevado por vocación de servicio, como deben ser el trabajo científico y la labor docente, para que se aepa con seguridad, por boca de uno de sus responsables, cuál es el camino que hemos elegido y estamos transitando. Muchas razones había para tomar esta actitud, y existen todavía, que no es del caso analizar, porque podría ser interpretado su tratamiento como una justificación y sabemos que no es necesario. Solo queremos terminar con el estereotipo del Museo Etnográfico, asociado como está desde hace mucho tiempo a personas e ideas que nada tienen que ver con lo que nosotros hacemos. Sean estas personas e ideas las viejas, o las más recientes, que sin solución de continuidad han sucedido a las otras, con resultados igualmente negativos para la imagen externa.
- 32 Finalmente, la tercera parte, será poco menos que un apéndice, en cuanto documentará fehacientemente, contextos no siempre académicos sino vehementes, cuando no ásperos, la lucha por consolidar prácticamente en la Facultad lo que íbamos conatruyendo —y seguimos— en la medida de nuestro esfuerzo y con el esfuerzo común con egresados y estudiantes.
- 33 Ya dijimos que era un testimonio personal. Que no es un frío informe científico. Y menos, una Probanza de Méritos y Servicios. Es, si, un documento vivo, producto de la lucha diaria, que en manos de buenos exégetas puede servir de mucho. Y para los estudiantes que quieran informarse, también. Como queremos que sirva a todos aquellos que de una manera u otra quieran saber qué hace el Museo Etnográfico en arqueología. La vieja casona de la calle Moreno está indisolublemente ligada a la institución a la que servimos, sin la cual no existiríamos.
- 34 El Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que a partir de 1904 representó a la Antropología y en especial a la Arqueología es la Institución Madre. De él salieron Institutos, Departamentos, Centros y toda una Carrera especializada. Pasaron hombres. Ocurrieron muchos cambios. Muchas reestructuraciones. Inclusive pasó a segundo o tercer plano. Hasta pareció que iba a morir por inanición o desamparo o, simplemente por dejadez.
- 35 Pero ahí está. Vive. Lucha. Y alberga en su interior a un puñado de personas jóvenes y no tan jóvenes, que viven y luchan por él.
- 36 Los no tan jóvenes, que aprendimos un estilo de vida y crecimos en sus pasillos y depósitos y en ellos alcanzamos ya la madurez de la cincuentena, manteniendo encendido el fuego en el hogar paterno, con penurias y estrechez, es verdad, pero con la seguridad y el aplomo de quien sabe qué es lo que está haciendo: preparando a quienes se han acercado para “cuando estén dadas las condiciones”, sin prisa, sin pausa, con intensidad,

con pasión, con vehemencia. Así entonces no ocurrirá mucho de lo que estamos padeciendo: inoperancia, improvisación, falta de disciplina, de espíritu crítico, que echaron a perder un momento que pudo ser decisivo, con signo positivo. Los jóvenes que han elegido un camino largo, duro, asperrimo cuando no ríspido, cumpliendo un noviciado cuyas reglas no son demasiado ascéticas, pero implican un aprendizaje constante. Lo que antes llamábamos “vida de Instituto”. Contacto diario con la gente, con sus camaradas, con sus profesores, con sus ayudantes. Contacto con materiales y con la biblioteca. Diálogo ininterrumpido sobre todo tema que tenga algo que ver no solamente con la especialidad, sino con la Universidad, con el país, con el mundo, que no desdeña ni el comentario sobre cine o teatro, ni ese “deporte nacional” de los antropólogos que consiste en hablar de los otros antropólogos.

- 37 Así se forma la gente en una casa de Estudios, por la Casa y para la Casa porque esa “formación” alcanza por igual a los jóvenes, a los no tan jóvenes y a quienes como en este caso, el autor, aprendió junto a sus alumnos y colaboradores, a vivir la Universidad masificada, a dialogar con ellos y a convivir con ellos.
- 38 No creemos en uno de los tantos mitos propios de la tecnocracia que también invade a la Antropología, que es la “formación de discípulos” como prueba de la capacidad de determinada persona. Está demasiado cerca del “culto de la personalidad”, del “continuismo” de la concesión personal de favores o de la cesión de cierta cantidad de “mana” para que el beneficiario haga lo propio con otro. En la Casa de la Calle Moreno, el profesor de arqueología no va detrás de sus alumnos ni tampoco por delante. Marcha con ellos. Trabaja con ellos. Aprende con ellos, les enseña, los provee y los prepara, todos al servicio de la Casa, de la Universidad, del país, de la ciencia que hemos elegido para cultivar.
- 39 Las reglas del juego no están escritas, pero no por ello dejan de tener vigencia. Todo un sistema de lealtades ha ido configurándose en la tarea común de poner el hombro para la Arqueología, que está por sobre las discrepancias personales, en tanto no es propiedad exclusiva de ninguno, como está más allá de las comodidades o de la ambición individual, en cuanto trabajamos para la Institución. Humildad, honradez, humanidad son sus pilares. Sus columnas son disciplina, voluntad, iniciativa. Ha sido descartado el egoísmo y la ambición personal no cuenta. Además la experiencia demuestra que la gratificación está en proporción directa, pero al cuadrado de lo que pone cada uno. Son quizás estas las razones para que seamos pocos, para que nuestra imagen resulte difícil de aprehender, para que aquellos que no resistieron el sistema justifiquen su salida no siempre con honradez, y para que aquellos que no lo conocen prejuzguen
- 40 y califiquen.
- 41 Esta es la manera de trabajar que aspiramos a institucionalizar. Así empezamos a hacerlo. Así estamos haciéndolo. Y como se verá más adelante no es nada fácil, porque en los tiempos que corren esto de hacer algo en serio, que requiere tiempo, que supone madurez y juicio analítico, dedicación, trabajo y cierta cuota de sacrificio “por nada” durante mucho tiempo, parece cosa de oligofrénicos. Pero no es así: sólo hace falta cumplir con las reglas del juego, que no son tan duras. Aunque no siempre, cuando de trabajo de campo se trata, resulta agradable para algunos su cumplimiento. Pero se trata de un juego muy serio y debemos ser implacables.
- 42 Y esto es todo, amigo lector. Lo que sigue explicará mucho de lo que aquí se dice y mucho de lo que se calla.

43 I. Pequeña historia

- 44 La enseñanza de la arqueología y la investigación arqueológica en la Universidad de Buenos Aires están ligadas indisolublemente a nuestra Casa, al viejo Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, que fuera fundado a comienzos del siglo, a inspiración de Juan B. Ambrosetti, al servicio de la Cátedra, para que los alumnos tuvieran oportunidad de manejar, ver y tocar los restos materiales de las culturas extinguidas que estudiaban. Complementariamente, inició la serie de campañas del Museo Etnográfico, en las que tomaban parte los alumnos interesados, que reconocían y participaban de los trabajos de sus profesores en el campo, tal como puede leerse en los informes del Director o en las publicaciones de la Sección Antropológica, que daban a conocer los resultados.
- 45 Eran otros los tiempos. Otras las inquietudes. Otras las aspiraciones. Otra la Universidad y otras las gentes. Como era otro nuestro país. Eran pocos los alumnos, pocos los especialistas, si es que podemos llamarlos así, y no demasiado el interés y el conocimiento de la importancia de nuestra ciencia entre la gente culta de la época. Se estudiaba como una asignatura más entre los estudios históricos, en tanto que la investigación corría por cuenta de los profesores que vivían en el Museo Etnográfico, adonde solían agregarse otras personas interesadas y colaboradores espontáneos. El lugar físico eran los sótanos de la casona de la Facultad, en la calle Viamonte 430. De allí fue trasladado en 1927, al edificio que ocupa hoy, que permanece tal cual, gracias a milagros de mantenimiento. Ello no absta para que sea inadecuado, estrecho, incómodo e indecoroso para lo que alberga, Pero es nuestra casa. Hace poco hemos lavado su cara, reacondicionando sus ambientes y comenzando una nueva época de trabajo, mirando hacia adelante. Por esa razón, la historia será breve. Se referirá sólo a aquello que sea imprescindible para nuestros fines: ubicar con claridad la arqueología que se hace en el Museo.
- 46 Las tres primeras décadas del siglo transcurrieron sin que el ritmo de enseñanza o de investigación se alterara en demasía. No eran muchos los estudiantes de la especialidad ni tampoco los especialistas. El acceso no era tampoco nada fácil ni ordenado. Se basaba en una relación que podríamos llamar, para evitar otros calificativos, de “maestro a discípulo”. No existía lo que hoy llamamos “carrera docente”, ni tampoco investigación planificada como hoy la concebimos, ni demasiada preocupación por aspectos teóricos o metodológicos o programáticos. El comienzo de la década del cuarenta marca una época en la que empiezan a darse pequeños cambios que anuncian ya los cambios posteriores. No son muy intensos, ni muy nítidos a veces, pero son. Son, todavía, independientes de la situación político social del país. Decimos todavía porque ahí empiezan a mezclarse. “La ciencia debe ser pura y aséptica. ¿Cómo puede mezclarse Antropología con Política?” En cuanto a la Arqueología, ni soñarlo. Esa era la posición. Era la tradicional. Era la científica. Era la que nos enseñaban. Era la europea. Era la Ciencia. Miraba a Europa. Europocéntrica. Aprendíamos sobre América. También sobre Argentina. Usos, costumbres, restos de los indios, del hombre americano. Otro hombre. Era la cultura oficial que se transmitía. Nadie o muy pocos, hubieran dudado de ella ni hubiesen asumido una posición crítica. Pero volvamos a nuestro asunto para aquilatar esos cambios arriba mencionados.
- 47 Para 1941 y 1942 el número de estudiantes de la Sección Historia había aumentado hasta sobrepasar los 15 alumnos por promoción. En algún año llegó a sobrepasar el número de 20 y por rara coincidencia, un número grande de ellos —teniendo en cuenta las magnitudes de la época— se interesó por la Arqueología y la Antropología. Tanto que el número de “discípulos” aumentó a dos o tres, y alguno más que, en segundo o tercer plano, aspiraba a entrar en el círculo de los iniciados. Contemporáneamente, buen

número de estos jóvenes ingresan a la Sociedad Argentina de Antropología, que funcionaba en el Museo, aunque no era institución oficial. Algunos de ellos hacen sus primeras armas en ese campo y

- 48 se agrupan finalmente en un Centro de Estudiantes de Historia denominado AKIDA (una flexión de AKIS —en griego: estímulo y punta de proyectil o acicate—), con metas y propósitos únicamente científicos. Sin serlo en la práctica, era como un satélite de la Sociedad Argentina de Antropología y como una suerte de lugar de “entrenamiento” para la lid. Pero el Destino le tenía reservada poca vida. Quien escribe creó el nombre con las iniciales de los profesores de segundo año en 1942: Ardisone, Constanzó, Imbelloni, Daus, Aparicio, combinados. La enseñanza discurría por los cauces tradicionales, al servicio de la carrera de Historia. Se enseñaba la Prehistoria Europea la mitad del curso de manera discursiva y narrativa, como algo que estaba antes de la grande Historia que se aprendería después. La arqueología americana y argentina era expuesta y estudiada también en esa función. Se veía a la luz de la documentación histórica, casi sin profundidad temporal y con poca información para América en general, salvo México o Perú. Veíamos materiales, ilustraciones, oíamos comunicaciones y conferencias, pero no había una metodología de la enseñanza ni del aprendizaje, ni estaba institucionalizada la posibilidad de acceder a ellas. No por retaceo ni exclusividad, sino porque las condiciones no estaban dadas, ni entre docentes ni entre alumnos.
- 49 Francisco de Aparicio, profesor de la especialidad y Director del Museo, fue el centro de la actividad docente y el inspirador de un grupo de alumnos —muchos de ellos más tarde profesores— interesados no sólo en Arqueología, sino también en la Geografía. Fue él quien reinició los “viajes de estudio” con alumnos a la manera del viejo maestro Ambrosetti. En el transcurso de uno de ellos, fueron redescubiertas las ruinas de Tolombón. Debemos expresar, para claridad de nuestra explicación, que se trataba de “viaje de estudios” y no trabajo de campo en sentido estricto, planificado, como se entiende en nuestra jerga habitual. Esta advertencia no empaña una acción, sino la ajusta a la realidad para que sea aquilatada. Colaboraban con él, como profesores adjuntos, Fernando Márquez Miranda y Eduardo Casanova, cada uno de los cuales dictaba un acápite del programa, de acuerdo con la orientación indicada. Enseñanza magistral, oral, al servicio de la información erudita y formal.
- 50 La investigación se movía a un ritmo parecido y con la misma orientación. La frecuentación de las fuentes históricas, la exégesis menuda, la búsqueda del documento impensado que arrojará luz sobre los aborígenes que vieron los españoles del siglo XVI consumían buena parte de los esfuerzos, en desmedro de la arqueología propiamente dicha y de las técnicas y metodología de la investigación arqueológica. Interesaba sólo el último momento de las culturas aborígenes y, a veces, el penúltimo, interpretados ambos a la luz del documento. No había una delimitación clara con la etnografía o con la etnografía histórica.
- 51 Recién en el último tercio de la década se podrán leer los trabajos en los que se comprueba que el cambio empieza a concretarse. Uno, ya clásico, lleva la firma de Enrique Palavecino, uno de los viejos maestros (Palavecino, 1948). Otros, son los primeros trabajos de la entonces “nueva generación”. Alberto Mario Salas (1945) que comienza a remontar raudo vuelo con su tesis de doctorado sobre “El antigal de Ciénaga Grande” y Horacio Difrieri (1948) que hace estratigrafía por primera vez en el noroeste argentino. Por desgracia ambos abandonaron el campo. Ambos ejemplifican el cambio que empezó a darse, ambos estuvieron en el Museo y ambos fueron colaboradores de Aparicio. Había

empezado a concretarse una renovación cuyo origen real estaba en las inquietudes de los estudiantes que tuvieron la posibilidad de acceso a la frecuentación de la Casa, al contacto con los materiales y la bibliografía, como así también con otros profesores, como lo fueron Palavecino o Imbelloni, que con otra formación y otra amplitud, contribuyeron a su manera en este proceso. No son ajenos a este nuevo espíritu la profundización en los estudios de la antigüedad clásica que hacíamos en otras asignaturas, la visita de Jorge Basadre, que dictara cursos sobre Fuentes para la historia del Perú, o la visita de Julián Steward, que nos ilustrara acerca de la arqueología del Sudoeste de los Estados Unidos en esos momentos, sumados a la frecuentación de la Biblioteca del Museo, que entonces se mantenía al día: era el comienzo. No era nada planificado, ni ordenado, ni encauzado. Pero algo que anunciaba el futuro.

- 52 Las transformaciones político sociales que conmovieron a nuestro país a partir de 1943 alteraron singularmente la vida, casi rutinaria, de la poca gente que trabajaba en ella, aunque ya otras alteraciones la habían afectado como repercusión de la Segunda Guerra Mundial, dividiendo en bandos irreductibles a quienes integrábamos el claustro estudiantil y a quienes estábamos en la lista de aspirantes a estudiar arqueología y antropología y golpeábamos a la puerta de la Casa del Museo, único lugar donde podíamos satisfacer nuestras apetencias, que empezábamos a acrecentar día por día. Para 1947 la normalización estaba encauzada. José Imbelloni, como Director del Instituto de Antropología, de reciente creación, y Director del Museo Etnográfico, reestructura el viejo organismo. Su figura y su prestigio condicionarán la nueva época para la antropología de nuestra casa. Podemos decir que a partir de 1948, la normalidad está en marcha.
- 53 Veamos pues qué ocurre con la Arqueología. La cátedra regular queda en manos del Dr. Eduardo Casanova, que a partir de ese año dicta normalmente sus cursos. La orientación de la enseñanza no varía. El programa servía a la Sección Historia de la Facultad. Se informaba acerca de la prehistoria europea, de la arqueología americana y de la arqueología argentina, a lo largo de un curso anual ordenado, sistemático y no del todo actualizado, pero que cumplía sus funciones. Los escasos interesados — un poco más numerosos como ya dijimos— debían vincularse como pudieran a la Institución e iniciar allí su formación y completar su información. No existía ninguna planificación oficial y todo era un poco de azar.
- 54 Dependía del interés y la voluntad del aspirante, de su iniciativa, del eco que encontrara y luego del apoyo con que contara cuando se había encarrilado. Hasta ese momento solo había una vía directa de acceso: la posibilidad de hacer el doctorado en vigencia en alguna de las dos especialidades que se cursaban en el Museo, Arqueología o Antropología, bajo la supervisión de un profesor. Otra posibilidad, más difícil, era lograr un cargo técnico y empezar el noviciado en ese nivel, huérfano también de orientación directa y de conducción intelectual. El autor, con Hado favorable, optó primero al cargo técnico —ya egresado como profesor— y trabajó en su tesis de doctorado en Arqueología. A comienzos de la década del cincuenta, funcionó una Licenciatura, en la Carrera de Historia, con especialidad en Arqueología o Antropología o Etnografía, que implicó un comienzo de intensificación de la enseñanza. Había que cursar un par de materias complementarias y trabajar en una tesis de licenciatura que debía defenderse públicamente. En Arqueología hubo dos casos, pero nada más. Un intento de Imbelloni para lograr la creación de una licenciatura regular, con cinco años de estudio, como los ya existentes, en Americanística, no tuvo éxito. En ella la Arqueología y su enseñanza tomaban cuerpo notorio.

- 55 La investigación arqueológica canalizada a través de la cátedra que dictaba Casanova, la Sección. de Arqueología y luego el Instituto que él dirigió, continua por los cauces tradicionales, sin mayores cambios. Así puede verse en las publicaciones (I-II-III) del Instituto de Arqueología, publicados a partir de 1954. Es que la concentración mayor de Casanova fue puesta al servicio de la Restauración del Pucará de Tilcara, a partir de 1948, y atrajeron toda su dedicación y esfuerzos de ahí en adelante. Pero, el Instituto de Antropología, contemporáneamente, contrató los servicios del profesor Osvaldo Menghin, como investigador y profesor Extraordinario, por iniciativa de su director José Imbelloni. La incorporación del famoso prehistoriador estaba destinada a tener gran trascendencia en la Casa y fuera de ella. Sólo trataremos aquí de la primera. De la segunda ya nos hemos ocupado otra vez (Lafón, 1972, Lección X).
- 56 La presencia de Menghin en el Museo no alteró en los comienzos el ritmo de trabajo, pero quienes gozábamos del privilegio —que lo era— de pasar siete horas diarias en un Instituto, en depósitos, en gabinetes o en las aulas, en contacto con las personas, los problemas y los materiales, en un noviciado prolongado y duro, que implicaba hacer de todo, desde limpiar materiales hasta acarrearlos, en aprendizaje y observación constante, bien pronto advertimos los nuevos vientos. Un mundo nuevo para nosotros se abrió en los cursillos anuales de diez clases para el personal técnico a que lo obligaba su contrato. Las dificultades con el idioma no fueron barrera suficiente para impedirnos el acceso. Empezamos a mirar las cosas de otro modo. Con otra dimensión. Con otra perspectiva. Se amplió nuestro panorama. Pero la comunicación se interrumpió en esa frecuencia, y continuó por otros canales. El profesor Menghin centró su atención en la Patagonia y en la Pampa. Esta porción de nuestro país como campo de estudios arqueológicos pasó a ser exclusiva —o poco menos— del Instituto de Antropología, sin comunicación interna con el Instituto de Arqueología, que junto con el Museo Etnográfico, integraban un Departamento de Ciencias del Hombre que tenía existencia sólo en los papeles. Se inició el grande y nuevo capítulo de la Arqueología Patagónica y una nueva época en la investigación arqueológica. Pero en círculo cerrado. A la vieja usanza. Primero uno, luego dos. Algún amanuense. Nada más. Nadie tuvo posibilidades, sino excepcionalmente, de “formarse”, como se dice ahora, a su vera. Ni sus conocimientos ni su experiencia se transmitieron a sus herederos directos incuestionables. Renovó la arqueología de Patagonia, sintetizó la prehistoria americana, honró a nuestra casa y a nuestra Universidad. Dejó continuadores, no discípulos. Sus trabajos serán mucho tiempo venero inagotable de sugerencias y replanteos. Muchos medraron a su sombra. Pero se extinguieron con él las posibilidades de transmitir experiencia y conocimientos a muchos que esperaban, que tenían sus derechos. Pudo haber brindado sus frutos a muchos, pero no fue así. Con todo, su paso por la prehistoria del país, dejó huellas imperecederas.
- 57 Al promediar la década del cincuenta funcionaba un Instituto de Arqueología que dirigía Casanova, que inició en 1954 sus publicaciones con trabajos originales de tres integrantes de su personal. Una tesis de Doctorado (Lafón, 1954) y dos de Licenciatura (Marengo, 1954. Krapovickas, 1954). No teníamos un plan de trabajo diseñado como unidad de investigación, aunque gozábamos de libertad de elección. La orientación inicial siguió la del Director: Quebrada de Huamahuaca y Puna. Los trabajos de campaña tampoco respondieron a determinada técnica ni éramos entrenados para ello. Dependíamos de nuestras lecturas, de nuestra iniciativa. No se brindaba por aquel entonces ninguna enseñanza de índole técnica o metodológica. Se dictaba un curso de Técnica de la Investigación en la Carrera de Técnicas para el Servicio de Museo, que era demasiado

generalizado, con otros fines y que no se adecuaba para nada ni a América ni al país, ni tenía en cuenta la problemática particular de la Arqueología Argentina. La mayor parte de la tarea del Instituto estaba encaminada hacia las tareas de restauración del Pucara de Tilcara (Casanova, 1950). El Instituto de Antropología, por su parte, contaba con la labor de Menghin, que con el colaborador de turno, cumplía su tarea programada. La participación estudiantil, acorde con la época, no contaba. Los interesados, que los había, tampoco contaban, como no habíamos contado nosotros, con igualdad de oportunidades para acceder a esa suerte de “círculo” que permitía la posibilidad de entrar en la especialidad. Hubo sí, otra vez, encaminado por Casanova, viaje de estudios con alumnos de la Carrera de Historia a visitar el Pucará y lugares de la Quebrada de Humahuaca que dejaron su recuerdo en una placa colocada en el Salón de la Bandera, en la Casa de Gobierno de Jujuy. Y uno que realizó el suscripto, con dos alumnas, de recorrida y reconocimiento de yacimientos clásicos, desde La Rioja hasta la Quiaca, a lo largo de los valles Calchaquies, como información previa para trabajos posteriores allá por el verano de 1955. De los dos alumnos participantes, uno era integrante del personal del Instituto y colaborador de la Cátedra. Promediaba el año 1955 cuando la situación político social del país entró en una nueva crisis de poder hasta que en setiembre, quebrado el orden institucional, se instauró un nuevo gobierno. Como no podía ser de otro modo la repercusión en la Universidad de Buenos Aires fue notoria. No es la oportunidad de analizar el fenómeno en toda su amplitud pero sí de informar e interpretar el eco particular que tuvo en nuestra especialidad y en nuestra casa. Imbelloni, a quién se permitió “por gracia” renunciar y acogerse a los beneficios de la jubilación, dejó de orientar Museo e Instituto de Antropología, “sacrificó a la politique toute-puissante” dicho así, para glosar algunos de sus juicios antropológicos. Casanova, en situación bastante semejante, debió dejar el Instituto de Arqueología y su cargo de Asesor del Decanato, en lo vinculado con el Pucará de Tilcara. Ambos dejaron sus cátedras. Sus lugares fueron cubiertos por Salvador Canals Frau y Fernando Márquez Miranda, con sus adjuntos, que fueron respetados, Marcelo Bórmida y el suscripto, respectivamente, hasta el próximo llamado a concurso. Este último, reemplazó interinamente, en la Dirección del Instituto de Arqueología, al renunciante, Eduardo Casanova. El funcionamiento y la estructura general de la Casa, no fueron demasiado alterados ni fueron demasiadas las arbitrariedades, si las hubo. Casi podría decirse que la Arqueología hasta fue favorecida. Al César, lo que es del César. El Interventor conocía la Casa, la especialidad y cómo trabajábamos. Era Alberto Mario Salas.

- 58 A partir de 1956, regularizados los cursos, la enseñanza de la Arqueología sufrió algunos cambios, no muchos, ni tampoco definitivos pero que fueron facilitando las cosas. Se renovó un poco el espíritu de la materia, se actualizaron los conocimientos y se fueron incluyendo nociones teóricas y metodológicas que abrieron el campo para los interesados y completaron el panorama de la especialidad, sobre todo en la arqueología argentina. Los trabajos prácticos semanales, con clases organizadas y contacto con los materiales permitieron mayor espacio de maniobra y manejo de la bibliografía. La Cátedra funcionó armónicamente, con su profesor titular, su adjunto y los primeros auxiliares docentes, al servicio de la Carrera de Historia, con una dimensión más amplia, en un marco antropológico y no rutinario y sólo informativo. El titular, Márquez Miranda, de la vieja generación de maestros de los Difrieri y Salas, que dejaron el campo, fue lo suficientemente amplio y consciente para dejarnos en libertad de acción e iniciativa a quienes éramos “los jóvenes” de hace veinte años. Una vez más, repetimos: al César lo que es del César. La Facultad se dividió en una serie de unidades docentes, una de las cuales

fue el Departamento de Ciencias Antropológicas. Junto con el Instituto de Antropología y el Instituto de Arqueología, vivían en el Museo. Y sin él, no hubieran existido, aunque su importancia fuera obscurecida por aquellos.

- 59 Cabe agregar que el autor fue el primer secretario de esa unidad docente que incluía a Geografía.
- 60 La investigación también acusó cambios, no todos los que hubieran sido indispensables. La creación del Instituto de Arqueología en su momento fue cuasi *ad personam*. Nunca tuvo ni instalaciones ni dotación de personal ni presupuesto particular. Las posibilidades de fondos y/o de publicaciones dependían de la “fuerza” del solicitante o del “favor” de la autoridad de turno. Así como no había —según dijimos— un plan de tareas concreto, con objetivos de corto, mediano y largo plazo, tampoco había —no lo hay hoy tampoco— un presupuesto adecuado ni los medios materiales provistos que se hubieran necesitado para cumplirlo. Pero, dentro de las posibilidades, se tomó contacto con el campo en distintos lugares, con su director a la cabeza, para ir planteando una nueva problemática (Tolombón, Alfarcito, Yakoraite, largas y menudas prospecciones entre Volcán y La Huerta, valle de Lerma, La Rioja, borde oriental de 1a Puna, etc.) a la luz de los nuevos conocimientos. Trabajos de gabinete complementaron estos comienzos con entusiasmo.
- 61 La participación de estudiantes también acusó un cambio. Para el verano de 1958, siempre con alumnos de Historia, la Cátedra cumplió un viaje de estudios a Jujuy, con destino a la Quebrada de Humahuaca. El viaje se hizo con el prof esos Titular, que siguió a Ecuador, quedando el contingente a cargo del suscripto en su calidad de profesor adjunto. Durante diez días fueron recorridos, explicados y valorados sobre el terreno, los yacimientos más significativos: Pucará, El Alfarcito, Huichairas, La Huerta, La Isla, Humahuaca, Coctaca hasta Inca Cueva. En otro nivel, el de interesados especialmente en Arqueología, trabajaron con el suscrito otros alumnos: T. Suzeck, Guillermo Madrazo, Amalia. Sanguinetti y algunos egresados ya, como Pedro Krapovickas, que luego tomaron su grado correspondiente y hoy trabajan independientemente.
- 62 La publicación de los resultados sufrió mengua en su posibilidad. Cesaron las Publicaciones del Instituto de Arqueología, un poco antes de su desaparición. RUNA absorbió algunas y otros órganos de expresión externos también. La falta de regularidad en la publicación se acentuó a partir de 1955 y es un lastre todavía hoy. En cuanto a la desaparición del Instituto de Arqueología, ocurrida a comienzos de la década del 60, no afectó mucho la situación. Existía sólo en los papeles, como dijimos más arriba, a manera de “grado honorífico” como fue creado. Desapareció por razones “de palacio” hasta de los papeles, cuando potencialmente pudo haberse convertido en una unidad significativa y amenazar así el “orden establecido”.
- 63 Al finalizar la década del cincuenta, en menos de un lustro, algo habían cambiado las cosas. Tanto que se dan las condiciones para que se cree una carrera de Antropología. Una licenciatura en Ciencias Antropológicas, que empezó a funcionar en 1959. Entramos así en otra etapa que influiría en la especialidad que nos ocupa. Sólo trataremos de ella en esta ocasión. En otra dimensión lo hemos hecho ya (Lafon, 1972). Y lo haremos en otra oportunidad con mayor detenimiento. Contemporáneamente se crearon otras carreras, como Psicología o Sociología, para no citar sino dos. Ambas respondiendo
- 64 a. expectativas, deseos y anhelos de los estudiantes o interesados. No ocurrió lo mismo con Antropología. Esta nació “de arriba para abajo”. Fue elaborada y armada, propuesta y sostenida por profesores e interesados, pero no respondió a iniciativa estudiantil ni al

- servicio de necesidades vigentes. No porque no existieran, sino porque se canalizó a través de personas que salvo escasísimas excepciones, se movían en un plano erudito, teórico e intelectualmente europeizado y selectivo. Estamos seguros —esto es idea del que escribe, que algo tuvo que ver en el asunto— que el profesor Mario Bunge, que fue
- 65 el padrino de la Carrera, no había tomado razón de ello. Pero ciñámonos a nuestro propósito y analicemos cómo repercute la Carrera de Antropología en la enseñanza de la arqueología, en cuanto es una de las tres especialidades que la integraban.
- 66 De acuerdo con el plan de estudios, el estudiante de Antropología que quería especializarse en arqueología debía cursar un cierto grupo de materias introductorias, otro grupo de materias básicas y un tercer grupo de materias optativas que variaban, según la orientación elegida, para obtener el título de Licenciado en Ciencias Antropológicas. La especialidad estaba dada por la materia final: Cursillo de Especialización en Arqueología, que duraba un cuatrimestre, exigía Trabajo de Campo, sin especificar las condiciones en que debía realizarlo, y necesitaba de una adscripción a la cátedra respectiva, de una duración de dos cuatrimestres, que tampoco estaba demasiado clara ni bien reglamentada. Específicamente arqueológicas, en más de veinte materias de curriculum, sólo contaban: Técnica de la Investigación (Arqueológica), Prehistoria y Arqueología Americana, Prehistoria del Viejo Mundo, Seminario de Arqueología y Cursillo de Especialización, amén de la información previa general que podía tomar en Introducción a las Ciencias Antropológicas. Decimos “podía” tomar porque según se tratara de cursos dictados antes de 1970/71 podía contarse con tal posibilidad. Después, no.
- 67 Interesa conocer el contenido de cada asignatura y su desarrollo a través del tiempo, para entresacar la idea aproximada de la enseñanza que recibía el aspirante y de sus posibilidades de aprendizaje y formación posterior. No es nuestra intención ir más allá de los límites que nos impusimos al titular a este acápite Pequeña Historia, pero nos vemos obligados a tener en cuenta imprescindiblemente, la función tiempo. Nuestro análisis de contenido debe ser hecho en dos períodos: antes de 1966 y después de 1966. El primero cubre 1959-1966 (primer cuatrimestre). El segundo, 1966 (segundo cuatrimestre) 1972. El año 1973 es una especie de reajuste. El año 1974 es un año de Nuevo Plan. No trataremos de él, sino que además de informar sobre lo anterior, explicaremos el por qué de algunos cambios. Ahora analizamos el primer período. Para que el lector tome sus prevenciones y recaudos, dejamos expresa constancia que quien va a cumplir con esta tarea tuvo a su cargo el curso de Introducción a las Ciencias Antropológicas entre 1959 y 1969; compartió con el profesor Márquez Miranda el curso de Prehistoria y Arqueología Americana hasta su muerte y luego, hasta hoy, lo tiene a su cargo como Prof. Ordinario Asociado, desde 1961; ha dictado el seminario de Arqueología, de la carrera en 1961, 1963, 1965, 1967, 1968, 1969, 1971, 1972 y 1973; y ha dictado los Cursillos de especialización en 1966, 1970, 1972 y 1973. Además, en calidad de decano de los profesores de la especialidad en la casa, es responsable en buena parte de la enseñanz de ella, en lo que se refería, en el primer periodo, a Prehistoria y Arqueología Americana y Argentina, que aumentó en el segundo período.
- 68 En el curso introductorio, el estudiante recibía un panorama total e integrativo de la Antropología. La arqueología ocupaba su papel en el marco de la teoría antropológica y se daba especial tratamiento a su rango en los estudios históricos, culturales y sociales. Era informado sobre su problemática general y sus principios metodológicos fundamentales, como así también de los elementos básicos de la técnica de la investigación.

- 69 En el curso de Técnica de la Investigación era iniciado en la investigación teórica, podíamos decirlo así, al más puro estilo europeo. En la clase y en los libros. Desde cómo debe prepararse una expedición hasta la publicación, pasando por una tipología de yacimientos y nociones de tipología, clasificación, faseología, corología y cronología.
- 70 Dictada hasta casi finalizar el período por Menghin. Divorciada de la realidad, sin práctica, sin experiencia concreta, sin referencia salvo excepciones, a la problemática del país y a lo que alguna vez hemos llamado “Fenomenología” de nuestros yacimientos. Una orientación clara por sobre todo: histórica. Más claro: histórico cultural. Véase en nuestras observaciones un análisis objetivo que no juzga contenidos sino funcionalidad para quien aspiraba a ser arqueólogo. Análisis que confirma algo que dijimos más arriba acerca del nacimiento de la Carrera. Se trataba de una materia fundamental en cualquier plan de estudios de arqueología, dictada con solvencia, capacidad y dignidad. Pero su finalidad específica no se cumplía. El alumno terminaba este curso, lo aprobaba medianamente o brillantemente, sin pisar y sin ver un yacimiento y sin conocer las reglas elementales para recoger restos materiales allí y entonces. Sí, en el papel o en los libros. Y nosotros necesitábamos otra cosa. Al finalizar el período, durante la gestión como Director del Departamento de Ciencias Antropológicas del suscrito, tomó a su cargo el curso de técnica de la Investigación el Lic. Antonio Gerónimo Austral, luego de una estancia de perfeccionamiento en España. Eran sus primeras armas, pero sabíamos lo que queríamos. Su curso afinó la puntería hacia la meta. Teoría, práctica con materiales, tipología con artefactos, práctica de campo, un poco “a ponchazos”, pero era lo que buscábamos, lo que queríamos hacer bien. Fue la concreción inicial de muchos anhelos, que desgraciadamente se vio interrumpida apenas comenzada.
- 71 En Prehistoria del Viejo Mundo, dictada también por el prof. Menghin, que para esos años había superado bastante la barrera idiomática, el estudiante absorbía información, era iniciado y conducido por su profesor desde los comienzos de la humanidad hasta los comienzos de la historia por una sola corriente de pensamiento y con una orientación clara y precisa por su propio creador: Menghin. El signaba con caracteres indelebles nuestra Prehistoria del Viejo Mundo. Y podría haber ocurrido lo mismo en la Arqueología Americana luego de su obra fundamental (Menghin, 1957) pero no fue así. Su curso era uno de los pilares formativos, general, erudito, macizo, a veces pesado por una falencia de nuestros estudiantes: leer casi siempre sólo en castellano. Daba un “sello” coherente con la etnología europea, que también predominaba en la Casa, en desmedro de mucha información que pudo haberse dado: su prehistoria ecuménica, su modelo, había incorporado al hombre americano al esquema mundial. Sus trabajos, como la bula del siglo XVI, hicieron al aborigen americano prehistórico, hombre prehistórico. Era una nueva concepción amplia, totalizadora, generosa, que daba unidad total y permitía ver claro. Pero no todo era tan simple como veremos en otro acápite, cuando tratemos de metas, objetivos y fundamentación. Era la “Prehistoria” por antonomasia, que, aunque en la carrera de Antropología, constituía el complemento —no la base— de la historia que se estudiaba tradicionalmente en nuestra Facultad.
- 72 En Prehistoria y Arqueología Americana después del cambio al que nos referimos más arriba el curso se estabilizó en contenido y nivel de exigencia. El estudiante era iniciado en la problemática del hombre americano, y en las grandes síntesis de la prehistoria americana. El modelo Menghin. El modelo Willey y Phillips. El modelo Willey. Se estudiaban en particular las industrias precerámicas más importantes. Se alternaban algunos temas como S.O. de Estados Unidos con el S.E. o la costa N.O., Mesoamérica y

Perú. Según las épocas, Colombia, Ecuador, Chile o Brasil. La mitad del curso era para Arqueología Argentina, que no tenía curso especial. Conocimientos actualizados, unidades geográficas precisas, diacronización y contacto hispano indígena se trataban en clase y se completaba con bibliografía. Guías analíticas con bibliografía especial se facilitaban a los alumnos. Los trabajos prácticos ponían en contacto con materiales, material ilustrativo y lectura y comentario de textos. El curso era formativo y crítico. Se abría un panorama en abanico. Daba el esqueleto que el estudiante llenaba. Visión abierta y clara, no unilateralizada en ningún sentido. La evaluación y el desarrollo era —y es— controlada y supervisada por el profesor a cargo. Exámenes parciales de concepto y no de detalle. Exámenes finales exhaustivos, de evaluación y medida de aprovechamiento. Diálogo y tratamiento de bibliografía de lectura obligatoria. Los resultados, alentadores y luego buenos. El curso empezaba a ser funcional para una Carrera de Antropología y chocaba con la Carrera de Historia porque no estaba a su servicio ni coincidía con la orientación tradicional. Tanto es así que más de una vez tuvimos discrepancias con alumnos de la Carrera de Historia que ya habían asimilado una especial forma mental en la que no entraba nuestra Arqueología Americana. Como prueba de este estado de cosas puede verse el plan de estudios de la Carrera de Historia, reformado y vigente hasta 1973: Prehistoria del Viejo Mundo y Prehistoria y Arqueología Americana estaban de “complemento” y se podía optar entre una u otra. Es casi inverosímil, pero así era.

- 73 El Seminario de Arqueología, concebido no como un curso más, sino en su debida dimensión, fue dedicado tradicionalmente a profundizar temas de Arqueología Argentina, que no contaba con un curso especial. Versaron sobre temas específicos precerámicos que dictaron la Sra. Amalia S. de Bórmida, o el prof. Dr. Bórmida o alfareros, dictados por el autor. En todos ellos se trabajaba con series materiales: lecturas obligatorias, crítica, etc. No hubo nunca en los seminarios de curriculum de la Carrera unidad de criterio para su desarrollo y evaluación. Con el andar del tiempo, en muchos casos, se convirtieron en una materia más o en el rito formal de aprobar una monografía. El Seminario de Arqueología fue estabilizándose con ritmo y exigencias varias. Enfatizamos en la lectura crítica, en la exposición verbal y escrita, en el trabajo de grupo y en temas de monografía de utilidad general. Para 1965, los resultados fueron alentadores y el aprovechamiento, equivalente. Partimos de la convicción de que quien llegaba a nivel de Seminario, debía probar su vocación, su fuerza y su capacidad. Hubo poca resistencia en algunas ocasiones, pero bien pronto se admitieron y se respetaron las reglas del juego implantadas. Así llegamos a 1966.
- 74 El cursillo de especialización era la culminación. Fue concebido al redactar el Plan de estudios con una amplitud que luego se tergiversó y se trastrocó, por cuanto el “espíritu” con el que se concibió no fue vertido por escrito en la reglamentación. El tema respondería a las inquietudes de los alumnos interesados en la especialidad que fuera, que se pondrían de acuerdo con un profesor —no tal profesor— dispuesto a dictarlo. Así se explica que el primer cursillo de Especialización en Folklore lo dictara el autor en 1963. Además, se había pensado en la promoción a manera de Seminario, o sea conceptoy asistencia y monografía. No en examen. También se pensaba en el Trabajo de Campo, previo o simultáneo, dirigido por su profesor. Nada de eso fue en el texto. Nada de eso se hizo, salvo en ciertos casos. Cuando se planteó la consulta de Bedelía para saber qué días había examen de Cursillo la primera vez que se dictó, el Prof. a cargo respondió por su cuenta “tal día”. Así quedó impues to el examen de cursillo. Más adelante, se planificaba

la actividad docente y se ofrecía “Cursillo A” y la gente lo tomaba. No pedía ni exigía. Cursaba el que venía. Por supuesto, que con excepciones.

- 75 No pocas de las frustraciones estudiantiles que conocemos los viejos profesores nacen de ahí. Cosa semejante ocurría con el Trabajo de Campo. Aparte de la falta de fondos, se llegó a una desnaturalización tal en el cumplimiento de esta exigencia, que no es del caso insistir. Esta aparente disgresión era necesaria también para entender cómo funcionaba el curso final de especialización para un licenciado en Antropología. Así se explica cómo Antropólogos Culturales (o Sociales, como gustan llamarse) tomaron su cursillo de Especialización en Arqueología para recibirse lo antes posible.
- 76 Los Cursillos de Arqueología dictados escaparon por lo general a este panorama. Para 1966, se habían dictado uno, a cargo del Prof. Bórmida; otro, a cargo del Prof. Menghin y el tercero, dictado por el autor. En este hubo trabajo de campo previo y posterior a su desarrollo. Los alumnos que lo cursaron, salvo uno, dedicaron su esfuerzo profesional a la arqueología, con fortuna diversa. Cuatro de ellos integraron con el autor un grupo de trabajo de Arqueología que cumplió intensa labor en el período siguiente. Los dos cursillos citados en primer término respondieron claramente a la misma orientación que regía el Instituto de Antropología y las cátedras a cargo del Profesor Menghin, como asimismo la orientación no arqueológica de la Carrera, especialmente, la Etnología.
- 77 Hasta aquí el estado de la enseñanza de la arqueología en el período 1959-1966 (primer cuatrimestre). Estimamos que la información no era deficiente. Quizás el nivel docente no era uniforme. Podemos compartir o no la prevalencia de determinada corriente de pensamiento que limitó, cercenó o castró muchas vocaciones en algunas especialidades, pero la orientación cumplía su cometido. Había una grave falencia: la práctica de campo, que se suplía por la buena voluntad y trabajo extra cátedras. La falta de reglamentación adecuada, más la inconsciencia de algunos estudiantes y la debilidad de algunos responsables de curso, permitió muchos abusos y contribuyó a la existencia de antropólogos sin contacto con la realidad, tema en el que no insistiremos, como dijimos más arriba.
- 78 La investigación arqueológica no fue sensiblemente modificada con la institucionalización de la enseñanza, porque corrían por vías separadas, aunque esta situación pueda parecer curiosa o paradójica. En efecto, si funcionaba una orientación específica en Arqueología, con una asignatura especial: Técnica de Investigación, Seminario y Cursillo de Especialización con vigencia de Trabajo de Campo, parece lógico pensar en una institucionalización equivalente en la investigación, no sólo en función propia, sino en función de la docencia, tanto de la docencia antropológica como de la enseñanza de la investigación y de la preparación de los futuros investigadores. Y no ocurrió así. Por circunstancias no del todo claras, el Instituto de Arqueología que existía, como ya dijimos, apenas más allá de los papeles, desapareció. La iniciativa de la investigación quedó a cargo del profesor que fuera su director, que canalizó así la apetencia de algunos alumnos y algún egresado que se vincularon directamente con él, a los que se sumaron otros alumnos interesados en la experiencia de campo, en los primeros años de la década del sesenta. Fueron años duros, de aprendizaje militante, en los que el suscrito —porque de él se trata— hizo de agente catalizador para concretar no mucho por cierto, el interés en la práctica de campo, no sólo en el campo arqueológico, sino también en la antropología Cultural y Social y el Folklore. Lo que se hizo, bien o mal, sólo fue posible mediante la buena voluntad, el entusiasmo y el prorrato de gastos entre ambas partes. La Facultad propiamente dicha, siempre apoyó y financió —en parte al menos— todos los trabajos.

Una situación muy particular, que hizo que estudiantes de inclinaciones, apetencias y aspiraciones muy dispares, convergieran en un centro, sobre la base de relaciones personales y profesionales, alrededor de una Cátedra. No compete al autor la función de juzgar, puesto que él formaba parte de esa “situación”. Prueba de esas actividades y de su peculiar funcionamiento, puede ver el lector en Antropológica, N° 1 y 2; Lafón (Punta Corral; Huichairas y otros). Esta “situación” entra de lleno en el tema de la participación de los alumnos que trataremos más adelante.

- 79 El Instituto fue tomando posiciones cada vez más definidas en su campo de investigación. La arqueología de Patagonia fue uno de sus centros de actividad. La labor de Menghin se va concretando en sus trabajos y a su vera, Bórmida, primero y la Sra. Sanguinetti de Bórmida después, hacen sus primeras armas y siguen las rutas por él trazadas. Prevalece una orientación única y un liderazgo único. Es la concepción de la Prehistoria Menghiniana que se complementa con una Etnografía y una Etnología del mismo cuño. La producción escrita es la mejor prueba de esta aseveración: basta con leer los autores mencionados. Tampoco aquí es la oportunidad de ser jueces. Pero sí de hacer notar que en el primer lustro de la década en cuestión los comienzos de la masificación y las condiciones políticosociales del país, más las expectativas estudiantiles (Lafón, 1972, lecc.10) empezaban a cuestionar los contenidos y la orientación de la carrera y a exigir información actualizada sobre el país y su problemática. También en ese momento tomamos posiciones, como lo hicimos más tarde. No de negación ni de repudio, sino de respeto pero exigiendo el tratamiento de temas concretos, reales, nacionales. A menos de diez años de funcionamiento, mejor dicho, a seis años de creada la licenciatura, fue cuestionada. Resulta fácil explicarse la situación. Nació “de arriba para abajo” y las expectativas de los interesados empezaban a frustrarse, apenas con media docena de egresados, que tomaban razón de sus falencias.
- 80 La investigación arqueológica del Instituto de Antropología puede leerse y es de fácil acceso. Fué acogida ampliamente en el país y en el exterior, en Italia y España. En alguno de los trabajos que integran esa nómina se habla de la “Escuela de Buenos Aires” con relación a la Arqueología de la Casa, como de algo concreto, real, existente, funcionante, institucionalizado y admitido por la generalidad. La realidad no era, ni lo es, para ser entendida así. Distaba —y dista mucho de serlo—. Fue, sin duda, una afirmación vehemente y acrítica sobre un momento en el devenir de la arqueología argentina. Es también una afirmación de presencia, consecuencia de la necesidad de respaldar con una Institución el acceso a revistas especializadas del Viejo Mundo, fruto de la labor de Menghin, para esta lejana Prehistoria del Cono Sur. Hemos oído de boca del mismísimo profesor Martín Almagro decir: “Si tal artículo no hubiera traído la firma de Menghin, hubiera ido directamente al canasto, no lo hubiéramos leído”. Versión no demasiado lejana del “Hispanica non leguntur” que presta singular prestigio a los artículos publicados en el extranjero y en lengua extranjera. No existe tal Escuela de Buenos Aires. Estamos queriendo hacerla. Pero no de Buenos Aires, sino Argentina, del país y para el país. No existía una investigación planificada al servicio de intereses colectivos ni tampoco estaba organizada la capacitación técnica de los futuros investigadores. Había investigadores con su meta individual y sus intereses personales, que no trascendían más allá de un reducido núcleo de “iniciados” o colaboradores directos y de un cierto número de amanuenses al servicio de aquellos. No era lo que se conoce como “la vida de Instituto” ni la identificación con la Institución de la que se forma parte. Era la identificación con la persona o las personas, no con la comunidad universitaria.

- 81 La participación de los alumnos en la actividad docente y/o de investigación no estaba institucionalizada. Había una de las categorías de personal docente auxiliar, ayudante de segunda, a la que tenían acceso por concurso estudiantes con más del cincuenta por ciento de las materias aprobadas, y tenían su representante en la Junta Departamental, pero eso no era suficiente. El acceso a la investigación quedaba reducido a mucho menos porque no se pensaba en ello. La relación profesor alumno era puramente formal y académica. La transformación en algo vivo e interrelacionado, estaba en sus comienzos, como indicamos un par de páginas atrás a propósito de la investigación. Las posibilidades de vincularse a una cátedra, a algún trabajo, o a unidades de investigación mayores, como Institutos, por ejemplo, descansaban nada más que en el interés del alumno y su iniciativa o en la “invitación” por parte del profesor. Como se entiende, un sistema no del todo adecuado a las necesidades. Condicionado por la apertura del profesor, la falta de contacto con sus alumnos y el espíritu predominante —todavía hoy— proclive al elitismo, o la no exclaustación del conocimiento, al alejamiento de la realidad y a la no frecuente sensibilidad para los problemas nacionales. La inquietud estudiantil por modificar este estado de cosas se concretó rápidamente y culminó en un Anteproyecto de Reforma del Plan de Estudios, canalizado a través de ásperas tratativas en la Junta Departamental, y llevado finalmente al Decanato, durante la gestión como Director del Departamento del autor de este trabajo. Los cambios institucionales de 1966 dejaron sin efecto el proceso, en vísperas de su aprobación por el Concejo Directivo de la Facultad.
- 82 Este tema, la participación estudiantil, que motiva discrepancias y resistencias en nuestro medio, tanto en niveles docentes como en la investigación, nos permite referirnos a dos acontecimientos de gran significado que tuvieron lugar en el período que estamos tratando, cuyo denominador común estuvo dado por la repercusión, la presencia y la participación de gran número de estudiantes. Uno de ellos fue la Primera Convención Nacional de Antropología, que sesionó la primera parte en Carlos Paz (Córdoba) en 1963 y la segunda en Resistencia (Chaco) en 1965, esta última con la Vice Presidencia del autor. El otro fue el XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, que sesionó en Mar del Plata en 1966. En ambas el sello distintivo fue la participación estudiantil, que en ese nivel, no sólo no fue resistida sino encomiada por las mismas personas que a nivel académico, si no se oponían directamente, por lo menos no facilitaban las cosas. En ambas estuvo representada la Arqueología del Museo con sus dos corrientes, si es lícito denominarlas así. De la lectura atenta de los documentos publicados surgen con claridad observaciones que no escapan al agudo juicio del lector, en las que no insistiremos. En ambas, la intervención activa estuvo dividida. En las reuniones del ámbito nacional, los investigadores responsables y principales de la línea mantenida por el Instituto de Antropología, no intervinieron, ni siquiera asistieron. En el de participación internacional, no sólo asistieron sino que intervinieron activamente, mientras que los investigadores responsables de la Arqueología a través de la cátedra, asistieron, como asistieron también alumnos que se iniciaban, contribuyendo con una comunicación sobre industrias líticas de Sierras Centrales, que fue leída por ellos mismos.
- 83 La creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, cuyo primer presidente fuera el desaparecido Dr. Bernardo Houssay, contó entre sus Comisiones Asesoras, una para Antropología y para Historia. Dentro de la primera cae de lleno nuestra especialidad y es oportuno de poner de manifiesto que resultó favorecida la arqueología institucionalizada, no sólo con subsidios sino con cargos en la Carrera del Investigador. Esta aseveración no debe ser entendida como un comentario reticente y

suspica, sino que responde a una posición absolutamente personal —compartida por muchos de sus colaboradores— del responsable de la Arqueología a través de la Cátedra, que entendía y entiende que las condiciones imprescindibles y la financiación necesaria para la investigación arqueológica de la Universidad de Buenos Aires, así como la jerarquización de sus autores deben ser a expensas de su alma mater y no juzgadas, calificadas y mantenidas por otras instituciones, hasta tanto no exista un organismo que ejecute una Política Nacional de Investigación Antropológica de jerarquía Nacional, en función de una Política Educacional Nacional que planifique la Política Universitaria en ese aspecto, con la autonomía del caso. La centralización de este tipo de ordenamiento, calificación y financiación cuando no existe una Política Nacional del Ramo y cuando las personas responsables de la adjudicación de los aportes y de los grados y/o cargos están sujetas a las variaciones de la otra Política o son designadas por el cargo que ocupan o integran cuerpos de especialidades que no dominan exactamente o le alcanzan las generales de la ley, hace que muchas veces su acción se tergiverse. Esta argumentación va referida especialmente al ámbito de la Antropología, Arqueología incluida, donde todavía la profesionalización no ha tomado cuerpo, donde el amateurismo debe ser desterrado y donde todavía medran los audaces e irresponsables, a la sombra de ciertas figuras o gracias a la complacencia de otras, cuando no gracias a notoria obsecuencia.

- 84 Al finalizar el primer período que hemos propuesto para hacer el análisis de contenido se advierte que existe una toma de conciencia concreta de la necesidad de cambiar la situación existente como condición indispensable para mejorar y adecuar la antropología de nuestra Licenciatura —incluida la arqueología— a nuestro país y a nuestras necesidades. La nueva ruptura del orden institucional en junio de 1966, repercute, como es lógico, en el funcionamiento de nuestros cursos, con efectos dispares, que tipifican el segundo período propuesto, desde el segundo cuatrimestre de 1966, hasta el segundo cuatrimestre de 1972, inclusive, que tratamos inmediatamente.
- 85 Durante el segundo término lectivo de ese año 1966, se dictó el Cursillo de Especialización en Arqueología, mencionado páginas atrás, que marcó un hito decisivo en la enseñanza y en la investigación arqueológica de la Casa, sobre cuyos resultados discurriré más adelante, pero que es útil poner en evidencia. En las clases teóricas el profesor a cargo (el autor), como resultado de su anterior experiencia en los Seminarios, reemplazó definitivamente la exposición magistral por sesiones de lectura crítica de la bibliografía sobre el tema central, exposiciones de los alumnos, diálogo profundo y síntesis conceptuales elaboradas en conjunto, no sólo como exposición sino como práctica y adquisición de habilidad de exposición, de manejo claro de conceptos claros, con resultado completamente satisfactorio. En el trabajo de campo, procedió de igual modo; inició allí la aplicación de la técnica de excavación, explicada y aplicada sobre el terreno, de acuerdo con las exigencias metodológicamente imprescindibles para rodear del mínimo de garantías necesarias a la recolección de los materiales, como así también la documentación complementaria y la redacción ordenada y sistemática de los protocolos.
- 86 Los alumnos que tomaron ese Cursillo de Especialización cumplieron todos y cada uno de los requisitos impuestos con entusiasmo y dedicación, contribuyendo con su buena voluntad e interés al mejor cumplimiento de las metas propuestas por el profesor. Fue un esfuerzo común en el que ambas partes se complementaron y el suceso logrado fue de todos. Unos más que otros, seguramente, pero en conjunto, fue posible gracias al trabajo en común. La convivencia, el contacto, el diálogo y la aparente identidad de metas y objetivos trajo como corolario la constitución de un grupo de trabajo de Arqueología, del

que formaron parte los alumnos que cursaron, excepto dos de ellos, que inició inmediatamente sus tareas, a partir de 1967, eligiendo como centro de interés al Nordeste Argentino, según un plan de trabajo, con objetivos mediatos e inmediatos.

- 87 El curso de Prehistoria y Arqueología, continuó dictándose normalmente según las directivas de su profesor, ya enunciadas, manteniendo al día la información y conservando el nivel de exigencias imprescindible, como así también enfatizando los principios teóricos y su integración de servicio de la Antropología. La ausencia voluntaria del profesor Austral impidió la afirmación de la orientación iniciada en la Cátedra de Técnica de la Investigación, porque el curso no se dictó. Finalmente por presión del alumnado en condiciones de tomarlo, volvió a dictarse con resultados no del todo capitalizables y sin una planificación de objetivos. El curso de Prehistoria del Viejo Mundo quedó a cargo de la Sra. de Bórmida, que siguió el camino ya fijado por su antecesor en términos generales, sin mayores innovaciones, pero con apertura a otras concepciones, como Childe, por no citas sino una representativa.
- 88 El Seminario de Arqueología dictado en 1968 afirmó la orientación docente y práctica de los anteriores, mejorada en el Cursillo de 1966. El profesor a cargo, secundado por el personal docente auxiliar de su Cátedra, integrantes a su vez del grupo de Trabajo recientemente oonstituido, sacó a los estudiantes al campo una vez por semana obligatoriamente, no sólo para cubrir las falencias del curso de Técnica, sino en función de completar la formación del alumnado. Fueron ejercitados en manejo de cartas, en levantamientos expeditivos y en la excavación de yacimientos modelo como Túmulos de Pilar, Campana, Guazunambí y otros semejantes. Esta nueva manera de encarar la enseñanza, continuó ejercitándose en los años posteriores, lo que permitió que más de un alumno verificara o descubriera su verdadera posición respecto de la disciplina, única que hasta el momento era así encarada, con participación activa de los propios interesados.
- 89 El Curso de Técnica de la Investigación del año lectivo de 1970 fue encargado por las autoridades del Departamento al profesor de Prehistoria y Arqueología Americanas, con los mismos colaboradores que lo secundaron ya desde 1968, uno de ellos, el licenciado Chiri, como profesor adjunto, y el otro, el licenciado Orquera, como jefe de Trabajos Prácticos, a los que se agregó un nuevo colaborador, como auxiliar docente, el alumno Ernesto Piana. El curso fue planteado como teórico-práctico desde el principio. Además de las clases magistrales y trabajos prácticos, se impuso la práctica de terreno obligatoria una vez por semana. La planificación implantada empezó el primer curso, por la información previa sobre conocimientos fundamentales de geología y geomorfología, utilización de cartas geográficas y mapas geológicos, manejo de instrumental para planimetría y excavaciones con práctica directa. A ello se agregaron el conocimiento de la técnica de las industrias humanas primitivas, metodología del trabajo de gabinete y normas para la elaboración de los informes. Además de las salidas semanales, se hicieron algunas más largas, de tres a cinco días, como para ir creando las condiciones para campañas futuras y el hábito de la vida en común, con la mira de ir seleccionando de entre todos los participantes, a los arqueólogos en potencia.
- 90 Fue lo que bien podría llamarse un Curso Piloto, que motivó curiosidad en algunos, atención y atracción en los estudiantes que vieron en él una manera de ir haciendo lo que muchos deseaban o tenían como expectativa; preguntas en otros, que no se explicaban por qué eso se hacía en cierta Cátedra y en otras no; suspicacias en otros que no se explicaban por qué hacíamos eso, si no era por demagogia o muchachismo. Sin que faltara el comentario malévolo del propio claustro, que comentara despectivamente esta

“arqueología de fin de semana”. La culminación del Curso fue una campaña de tres semanas de excavaciones en Florencia (Pcia. de Santa Fe) a casi mil kms. de Buenos Aires, abierta a todos los que cursaron ese cuatrimestre, dirigida por el Profesor a cargo y sus colaboradores. Convivencia de un grupo de profesores y alumnos, en un campamento de trabajo, en un yacimiento virgen, con participación activa de los estudiantes en un trabajo de investigación. La financiación fue prorrateada entre la Facultad, que facilitó fondos para mantenimiento y viáticos, y los alumnos que pagaron sus gastos de viaje. Demostramos que se podía hacer, que la enseñanza era activa, y el aprovechamiento mucho mayor. No fue un “viaje de estudios” a la manera tradicional, sino una campaña de trabajo colectivo. Retomábamos así la vieja tradición de las campañas de Kipon o Pampa Grande en dimensión acorde con las necesidades y expectativas estudiantiles. Concretamos específicamente una línea de trabajo basada en el trabajo en común, un orden establecido, la experiencia planificada y, por sobre todas las cosas, el respeto por el estudiante y sus derechos, que no produjo sino los resultados esperados: el respeto mutuo, la camaradería y, en muchos casos, la amistad. Iniciábamos un estilo de vida no tradicional en la enseñanza y práctica de la arqueología.

- 91 Los cursos de Técnica siguientes, en 1971 y 1972, nos permitieron perfeccionar el sistema. Los alumnos del curso de 1970 que se distinguieron y demostraron su inclinación por la disciplina, se convirtieron en nuestros colaboradores en el más amplio sentido, tanto en las prácticas iniciales, de cartas y planimetría, como en la excavación propiamente dicha, vigilando, ayudando y enseñando ellos también a sus compañeros, no sólo en el Curso de Técnica, sino en los Cursos y Seminarios, aumentando al mismo tiempo su experiencia. Empezaba así a tomar cuerpo una de nuestras metas más lejanas y difíciles: el semillero para nuestras necesidades futuras y para la futura arqueología. El curso de Técnica de 1971, previo un ensayo de diez días de trabajo a orillas del río Luján en Escobar, cumplió su campaña de tres semanas en Florencia, como el curso precedente. A ellos se sumó un grupo del curso anterior, seleccionado por su dedicación y desempeño.
- 92 La experiencia acumulada en cursos y seminarios hizo que el profesor a cargo, en oportunidad de dictar el curso en el año lectivo de 1972, iniciara una nueva etapa. Los aspectos técnicos propiamente dichos eran ya controlados, no mecánicamente, sino adecuados a las características y problemática de nuestros yacimientos, tanto que habíamos conseguido ya la técnica adecuada. Así es que para el curso a dictarse prestó especial atención a los aspectos teóricos y metodológicos, con la mira de adecuarlos a nuestra problemática y necesidades y no de traspasar acríticamente un modelo extraño a ellas. enfatizando los aspectos sociales, la elaboración de modelos y el método histórico. La práctica de campo siguió con la misma intensidad, mientras que el número de clases teóricas, aumentó de cuatro a seis horas semanales. La campaña de trabajo final, esta vez con más de treinta participantes, se cumplió en Escobar (Pcia. de Buenos Aires) porque las grandes inundaciones del Nordeste habían cubierto Florencia y sus vecindades. Los resultados continuaron siendo cada vez más apreciables. Para fines del año 1972, la enseñanza de la arqueología estaba encaminada y orientada en el nuevo estilo a través de la unidad de criterio y de fines compartidos en Cursos, Seminarios y Cursos con diferentes niveles de exigencia y madurez, a lo que se agregaba la respuesta y repercusión entre el alumnado. Alrededor de esta unidad docente, había ya una docena o más de estudiantes entrenados que constituían un grupo estable. Esta era, y es, la arqueología que responde a la Cátedra de Arqueología Americana, a cargo del autor, con sus

colaboradores directos ya mencionados, y la de Seminarios y Cursos por él dictados. Veamos ahora qué ocurría en el campo de la investigación.

- 93 La línea de trabajo de la Cátedra sigue careciendo de órgano propio, aunque sus posibilidades trascienden ya los límites de lo que la unidad Cátedra permite hacer. El grupo de Trabajo de Arqueología, independiente de la Cátedra, pero con la dirección del profesor, concreta un proyecto de trabajo de gran envergadura (Ver Actualidad Antropológica, suplemento de Etnia, julio-diciembre) que tiene como meta el estudio del Nordeste Argentino, cuyos primeros aportes se publicaron en 1970 (Lafón, 1970) y en 1972 (Lafón, 1972) y notas complementarias. Ese Plan fue aprobado por la Universidad de Buenos Aires y subvencionado por ella a través del Fondo Especial para la investigación. De la lectura del plan citado y de los trabajos publicados puede extraerse una información clara sobre la orientación de estos trabajos, sus metas de largo plazo y la participación que en ellas han tenido y tienen los alumnos. Los aspectos no arqueológicos que allí se contemplan pueden leerse en otras publicaciones del autor (Lafón, 1969; Lafón, 1974). La posición de los últimos diez años también está explícita en el libro Nociones de Introducción a la Antropología (Lafón, 1972). La línea de investigación arqueológica de la Cátedra, se ubica en perfecta coherencia con la orientación y práctica de la Arqueología que se enseña. Crítica, autocrítica, lenta, fundamentada y no competitiva. Al servicio del país y con sentido antropológico. Fruto de una experiencia concreta y probada, que ha elegido el camino más largo y más duro, no siempre fácil de comprender, que se propone no repetir viejos errores y al mismo tiempo, mirando al futuro para cuando se den las condiciones a las que aspiramos. Así fue puesta en conocimiento de colegas y de alumnos en el Segundo Congreso Argentino de Arqueología, en Cipoletti, en mayo de 1972.
- 94 La línea de investigación institucionalizada a través del Instituto de Antropología, cobró nueva aceleración, vinculada con la operación de rescate de los terrenos que serían inundados por las obras de Chocón Cerros Colorados. El Instituto, a través del profesor Bórmida y de su esposa, la Sra. Sanguinetti de Bórmida, tomaron a su cargo la tarea. La orientación general es poco menos la misma pero completa y modifica el panorama de Menghin.
- 95 Calaboran con ellos miembros del personal del Instituto, egresados de Antropología, que hacen sus primeras armas, como así también gente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas que tiene allí su trabajo. En ocasión del Congreso de Cipoletti, la Sra. de Bórmida expuso la orientación precisa que sigue y su propuesta de integración. Se trata también de una tarea lenta y no muy gratificante. Quizás es, por sus propias características, un sector en el que se nota más una de nuestras falencias: la falta de profesionalización, que deberá ser superada en todos nuestros campos. No somos jueces ni queremos serlo. La separación interna y la falta de coherencia entre ambas líneas no es casual. Es un producto de mucho de lo que llevamos consignado hasta ahora. A nosotros nos toca superarlo. Y eso requiere diálogo. Y para que haya diálogo deben darse las condiciones y existir la iniciativa. Las condiciones están dadas. La iniciativa ha sido tomada, pero todavía el diálogo constructivo no existe. Apenas si está por empezar. No será nada fácil la unificación, porque las causas están más allá de la ciencia. La divergencia —que no es tal— se ahondó como consecuencia de los cambios político institucionales de 1973, consecuencia también de la falta de diálogo.
- 96 Al finalizar el segundo período de nuestro análisis de contenido, desde 1966 a 1972, resulta evidente que han cambiado mucho las cosas, pero que falta mucho todavía. El cambio ha sido favorable tanto en la enseñanza como en la investigación, pero se nota

más en la primera. La segunda padece de un mal que parece incurable: las posibilidades de publicación. Pero hay algo más todavía: falta en la investigación la planificación adecuada y está casi ausente la formación de personal docente y de investigadores institucionalizada y obligatoria. No hay semillero estable. Y en nuestros tiempos no se admite la improvisación. Algo estamos haciendo. Algo hemos hecho. Pero falta mucho. No se improvisa un estilo de vida, así como no se improvisa una clase o una investigación, so pena de seguir subdesarrollados. La primera fase es la *profesionalización*, que terminará con trepadores, colados, improvisados y charlatanes. La segunda, *es terminar con la competición* por el descubrimiento más antiguo o más insólito, o por el cargo honorífico. La tercera, es la *humildad*, la más difícil, quizás, de todas las que hay que lograr.

- 97 Un paso importantísimo para lograr la profesionalización ha sido la creación del Colegio de Graduados en Antropología, que cuenta ya con su personería jurídica oficial. Y no es casualidad que buena parte de sus iniciadores y de su primera Comisión Directiva sean arqueólogos. Esta es la concreción de un viejo anhelo que ya estuvo presente en la Segunda Parte de la Primera Convención de Antropología reunida en Resistencia (Chaco) en 1965, en cuyo transcurso una Mesa Redonda se pronunció por una asociación de carácter gremial y profesional en contra de Academias y Sociedades de Antropología, como las ya existentes, que van perdiendo actualidad cada día que pasa. El arqueólogo es un profesional, como lo es el antropólogo. La era del aficionado, del diletante, ha terminado. Los que todavía quedan, deberían probar que sirven. Si no, deberán ser exterminados como rémora si queremos salir adelante.
- 98 Así las cosas, y antes de añalizar el año 1973 es oportuna una reflexión más y un anatema más fuerte aún.
- 99 Hemos discurrido acerca de la enseñanza y de la investigación arqueológicas en nuestra Casa. Hemos visto las exigencias mínimas de aprendizaje y de experiencia que son necesarias. Hemos planteado que sólo la profesionalización hará posible ocupar el lugar que nos corresponde. Hemos probado que hay que terminar con la improvisación y la charlatanería. ¿Es posible entonces que egresados de esta Casa, sin estar ni siquiera medianamente preparados y otros sin la menor experiencia seria, estén contribuyendo a engañar a gente ingenuamente interesada, dando cursos de Arqueología o de Técnicas de la Investigación Arqueológica en Instituciones que bajo pretexto de popularizar conocimientos esconden sólo un desmedido afán de lucro? ¿No es eso una estafa? ¿No es una falta de ética profesional? Tienen un título, es verdad. Peor sería que no lo tuvieran. Pero deben tener una conciencia. Si esta se calla, un día hablará el Colegio de Graduados. Porque en rigor de verdad, son más peligrosos los que esconden su ilustre medianía o su ambición desmedida detrás de un título universitario, que todavía es una llave maestra, que aquellos que honradamente creen estar capacitados para hacerlo.
- 100 El año 1973 fue un año signado por el acontecer político que había llegado ya a uno de sus “picos” en esta enorme caja de resonancia, no siempre affiatada, que es la Universidad y en especial nuestra Facultad de Filosofía y Letras, para fines del año anterior. También el deterioro material y el deterioro funcional eran visibles ya no sólo de puertas adentro, sino visible —y magnificado— desde el exterior. El desgaste inútil de la autoridad, o la falta de ejercicio de la misma, cuando no la demagogia embozada, sumada a la falta de representatividad de las autoridades, al reemplazo del diálogo por lo monólogos, nos llevaba a un callejón sin salida, en el que habíamos desembocado al comienzo del año lectivo de 1973.

- 101 Por de pronto, la demora en la iniciación de los cursos, no justificada por ninguna razón valedera, convirtió el cuatrimestre en un bimestre escaso, con la repercusión que es de imaginar para la regularidad de las asignaturas a dictarse y para la preparación de los estudiantes. Sin contar con el planteo de situaciones irritantes, si no injustas, según el leal saber y entender de mucha gente, el autor incluído: se aprueba un curso reducido a la mitad, casi un curso acelerado, en menos de dos meses de clase, con seis horas semanales, de las que hay que descontar paros sorpresivos, clases levantadas, etc. etc., cuando en situación normal (?) ese curso está concebido para ser dictado en cuatro meses. Así que hay cursos con cuarenta clases útiles de dos horas y otras, con la tercera parte. La materia aprobada vale igual, lo que no es justo.
- 102 En el caso particular de Prehistoria y Arqueología Americana, que se dictó el primer cuatrimestre, otra vez las “razones de seguridad” esgrimidas en el ámbito del Museo Etnográfico por sus autoridades, convalidadas por la superioridad, hicieron que debiéramos trasladar las clases al edificio del viejo Hospital de Clínicas. No es del caso poner en evidencia los inconvenientes que tal situación acarreó, teniendo en cuenta el sentido de los cursos que desarrollábamos, ni las incomodidades para trabajar en situación medianamente decorosa con que tropezamos, sino destacar que las condiciones imperantes afectaban ya en su propia base, la tarea docente. De esto trataremos en la parte tercera, documentalmente.
- 103 El deterioro lento e inexorable avanzaba por corredores y escaleras. Quienes levantamos las voces de protesta y de reclamo, debíamos hacerlo ante personal no docente, no calificado o sin poder de decisión. Las autoridades, moraban en otro edificio. Y así cumplíamos nuestra labor. Las razones de “seguridad” mencionadas más arriba con relación al ámbito del Museo Etnográfico, llegaron a extremos como el de cerrar con candado los depósitos de Arqueología a los propios profesores de la especialidad, que trabajábamos en la Casa, y a disponer por la vía jerárquica que a los estudiantes sólo se les mostrara material duplicado o deleznable, fundándose en la “seguridad” de las colecciones.
- 104 Ese primer cuatrimestre se dictó también Prehistoria del Viejo Mundo, que discurrió normalmente, en cuanto el Profesor a Cargo dictaba regularmente sus clases en el enunciado edificio de la calle Córdoba. Y fue dictado, por el autor, el Cursillo de Especialización en Arqueología, que tuvo como tema central el estudio del Noroeste argentino antes del siglo XVI y énfasis especial en la situación de contacto entre europeos e indígenas. Este cursillo se desarrolló sujeto a las mismas condiciones que el curso de Prehistoria y Arqueología Americanas, pero como el régimen de trabajo no es equivalente —según ya hemos explicado— pudo cumplirse dentro de lo previsto.
- 105 Contemporáneamente al desarrollo del cuatrimestre, la situación política del país aceleraba su curso, en tanto que en nuestra Facultad proliferaban cabildeos y reuniones para capear las situaciones futuras. Interesa destacar en el ámbito de nuestra carrera, el traslado del Instituto de Antropología al edificio de la calle Córdoba y la acefalía del Museo Etnográfico por renuncia de su director, cargo que no fue cubierto hasta muy avanzado el proceso, pocos días antes de la intervención de la Universidad y de la Facultad y sus institutos. También hubo insinuaciones y presiones para trasladar la Cátedra de Prehistoria y Arqueología Americana y el lugar de trabajo del profesor a cargo —el autor— al edificio de la calle Córdoba, a las cuales se negó sistemáticamente. Este primer cuatrimestre “reducido” terminó más o menos regularmente en el plazo previsto por el Calendario Escolar, que no sufrió mayor alteración bajo las nuevas autoridades. En

los primeros días de junio de 1973 se hizo cargo el Interventor de la Universidad de Buenos Aires, que designó sus delegados en las distintas Facultades y estas a su vez, en los distintos departamentos, institutos y centros de investigación. Esto es historia tan reciente que puede parecer obvio mencionarlos, pero lo haremos en su orden: Rodolfo Puiggrós, Justino O'Farrel y Guillermo Gutiérrez. Este último, licenciado en Ciencias Antropológicas, tuvo en sus manos al Departamento de Ciencias Antropológicas, al Instituto de Antropología y al Museo Etnográfico. Daba comienzo así una nueva época para la Casa, de la que trataremos un poco más adelante, en cuanto fue útil y en cuanto no lo fue.

- 106 La pequeña historia que estamos desarrollando, no sólo por lo que hemos dicho en la Introducción sino también por la complejidad y lo intrincado de los no muchos hechos consignados, hace que la exposición se aparte un poco de los cauces tradicionales, en cuanto los personajes se mueven en el espacio (Museo, Facultad, Universidad, Hospital del Clínicas y lugares accesorios) y en el tiempo (desde antes de 1966 hasta después de 1966; antes de marzo de 1973 y después de marzo de 1973; durante el último tiempo del gobierno militar y después del gobierno militar; los días previos a la intervención y los días inmediatamente posteriores a ella) condicionados no ya por el *Fatum* o la *Moirá*, sino en función de la situación política, presente o futura y en función del aprovechamiento individual que de ella pudiera extraerse. Esta calificación de individual, es un poco inexacta, porque casi nunca los personajes actuaban (actúan) a ese nivel, sino en nivel de grupos de dimensión variada, que a su vez se insertan en movimientos, partidos, tendencias, agrupaciones, o entidades semejantes. La politización, que no era nueva en los claustros ni se inventó hace dos años, se sobrepuso primero, contaminó luego e inficionó después, la cátedra y la enseñanza. Siempre sostuvo el autor (puede leerse en su manual de Introducción a la Antropología) que esa problemática debía tratarse seriamente, a nivel de Cátedra, en la Universidad, que debía solucionarlos y producir sus líderes. Claro que en cátedras con nivel. Pero el fenómeno no se dio así. Esta aparente disgresión, que no es tal como en seguida se verá, es para que el lector no se sienta perturbado porque ahora volvamos atrás en el tiempo para referirnos a otro hecho que tuvo su importancia: una reforma del Plan de Estudios de la licenciatura en Ciencias Antropológicas.
- 107 Avanzado ya el año 1971 empecé a tomar cuerpo la idea de una Reforma de Planes a nivel de la autoridad departamental que integraban los profesores Bórmida, Cortazar y Difrieri, como una manera de acceder y canalizar las inquietudes estudiantiles de una nueva apertura, en la especialidad, que se vio frustrada en 1966 según hemos consignado ya, y que empezaba a tomar fuerzas otra vez. El procedimiento utilizado para concretar la reforma no reunió ninguna de las condiciones elementales ni de forma ni de participación imprescindibles para que contara con el aval de los interesados: profesores y estudiantes. Elaboraron las autoridades un anteproyecto inconsulto, que luego de integrado formalmente fue *girado individualmente* a cada profesor para que este hiciera su comentario, crítica o agregado, o enmienda, a título personal, sin reunión ni diálogo y sin la menor garantía de que su opinión sería respetada, total o parcialmente. En este caso el autor respondió por escrito fijando su posición contraria al procedimiento y a la concepción del plan en sí; pero la gestión de reforma seguía su curso vía Consejo Académico y así, a fines de 1972, casi en receso, fue aprobada y entró en vigencia a partir de 1973, por de pronto, con el cambio de nombre en las asignaturas para la Inscripción y las instrucciones para registrar los programas a dictarse, de modo de ir gradualmente hacia la vigencia total. No escapará al avisado lector que actos como este y

procedimientos tales, en los últimos días de 1972, no están, precisamente, al servicio de la Antropología ni de su mejoramiento. Casi es innecesario anotar que entre las primeras medidas de la intervención, estuvo la de declarar caduco dicho plan, en junio de 1973.

- 108 Producido el acto eleccionario de Marzo de 1973, se inició con retardo el cuatrimestre y la politización estudiantil iba *in crescendo*, aparentemente ahora todos bajo el mismo signo. Empezaron a funcionar *Mesas de Reconstrucción* que iban “calentando” y preparando el ambiente para después del 25 de Mayo, día de la asunción del mando del Gobierno Constitucional y su posterior implementación en la Universidad. No es intención del autor emitir juicios sobre tales mesas, porque no participó de ellas y porque su quehacer específico no es la política, lo que no significa que no haya tenido desde hace mucho tiempo su posición tomada, que es conocida, no de ahora. Lo que no significa tampoco que sea ajeno y se desentienda de ella. Pero en su actuación profesional ha tenido un solo compromiso: con la docencia, con la Universidad, con la Nación, con la vocación de servicio propia de su especialidad, no de servicio a la facción de turno o de su mayordomo. Pero la mención de las *Mesas de Reconstrucción*, en lo que a Antropología se refiere, sirve simplemente para explicar acontecimientos, no explicados si no es por lo que en ellas se trató, que precedió y condicionó el desarrollo del segundo cuatrimestre. En esas reuniones se juzgó, se criticó, se condenó la conducta y la actuación profesional o personal, o se absolvió y se encumbró, según los casos, a cuanta persona fue nombrada en ellas. Por lo general se juzgó *in absentia* y sin defensor, aunque fuera de oficio. El proceso en sí no es ni nuevo, ni original, ni nos asombra. Tampoco somos tribunal para pronunciarnos sobre la licitud del procedimiento ni sobre los cambios ideológicos producidos entre el 9 y el 15 de marzo de 1973 en muchas, muchísimas personas, con las que hemos estado en contacto desde hace largos años, porque humanos somos... Sólo nos limitamos a consignar un hecho que tuvo consecuencias en la labor docente, según vamos a demostrar a continuación, limitándonos mientras sea posible, a nuestra especialidad. Pero no podemos dejar de señalar la arbitrariedad y la injusticia con la que se procedió en todos los casos.
- 109 Para ello, empezaremos con el curso de Prehistoria del Viejo Mundo, que fue cuestionado como así también la profesora a cargo, originándose por ello situaciones enojosas, irritantes y arbitrarias que culminaron con el alejamiento del profesor y su reemplazo. De este modo, el curso se transformó totalmente en contenido y significación, tergiversando por completo su finalidad y desvirtuando su validez y ubicación en el plan de estudios vigente, según pudo verse durante el segundo cuatrimestre de 1973.
- 110 Este cuatrimestre (segundo de 1973) fue definido por las autoridades como “un cuatrimestre de transición” hacia una modificación gradual de forma tradicional de encarar la enseñanza, tendiente a una mayor participación activa de los estudiantes. Por esa razón, el autor, a cargo del Curso de Prehistoria y Arqueología Americana, propuso un programa y una serie de renovaciones que ya habían sido probadas en Seminarios y Cursos por él dictados. La asignatura fue dictada del modo propuesto, con resultados harto favorables, pero como nunca hubo ni un reconocimiento ni la aprobación oficial del sistema propuesto, no pasó de ser una experiencia útil para los que en ella participaron, por cuanto hubo que tomar exámenes y promover a la manera tradicional. El Seminario de Arqueología, también a cargo del autor, se dictó regularmente según el régimen utilizado desde años atrás, que ya hemos glosado más arriba.
- 111 También el curso de Técnica de la Investigación sufrió cambios, porque fue encargado a otros colegas, debió dictarse fuera del Museo y no se dieron todas las condiciones

necesarias, lo que no afectó ni su significado ni su contenido, que siguieron por los cauces ya marcados, con excepción de la práctica de campo intensiva y la elaboración teórica.

- 112 Contemporáneamente con el desarrollo del cuatrimestre hubo cuestionamientos de la especialidad entre ciertos grupos, no demasiado numerosos ni pertrechados, de estudiantes y egresados, sin que faltaran algunos profesores o ayudantes, que aspiraban a conseguir fines semejantes a los que habían logrado con Prehistoria del Viejo Mundo al finalizar el período lectivo anterior. Estos movimientos —para llamarlos de algún modo— afloraron en el Seminario de Arqueología, con procedimientos tan bajos y argumentos tan infantiles —mucho para leer, exigencias de disciplina, llamadas al orden— que motivaron para las autoridades una posición tan desairada y poco respetable, que la cosa no pasó de ahí. La mención de asunto tan desagradable no tiene otra finalidad que la de poner de manifiesto cómo las ansias de cambio y renovación eran aprovechadas por “los desconocidos (¿o conocidos?) de siempre” en su propio beneficio o al servicio de la facción a la que “sirven”, no al servicio de la Universidad o de la especialidad en la que quieren instruirse.
- 113 De un modo o de otro, la enseñanza se vió afectada por las condiciones que imperaban. Pero mantuvimos incólume el nivel de exigencia, de trabajo, de lecturas, con resultado favorable, tanto que demostró que el sistema que propusimos puede funcionar. Trabajo con toda la cátedra, profesores, jefes y ayudantes, bajo la responsabilidad y supervisión del profesor a cargo, que asistió a todas las clases que se dictaron y estuvo al tanto de todo lo que se trató, sin excluir la actualidad que nos rodeaba y el papel de la arqueología en la cultura y en el futuro modo de plantear esos estudios. Las clases de los jueves, con grupos de estudios fijados por el profesar, que eran tratados en “mesa redonda” con su actuación como director de debate, lograron eco notable entre el alumnado consciente. Los resultados de los exámenes reflejan con claridad esta apreciación. Pero también ponen en evidencia, comparando con el número de inscriptos inicialmente, que mucha gente equivocó o creyó que el “cambio” o “renovación” y la “reconstrucción” era hablar de política, de economía y de otras cosas, en lugar de estudiar arqueología.
- 114 La investigación también fue afectada, aunque pueda parecer que, como tarea especialísima que es, está más allá del diario acontecer y de los avatares políticos, según el modelo que mucha gente estima como verdadero, pero no es así. Por lo menos en nuestro caso. La figura mítica del investigador, divorciado de la realidad, inmaculado y puro, no vale para nosotros. No es la primera vez que decimos —y por escrito— ni que explicamos nuestra posición. Las circunstancias que se fueron acumulando a partir de la Intervención motivaron una tensión y una intranquilidad que perturbaron las condiciones de trabajo, en cuanto las marchas y contramarchas, decisiones o indecisiones, medidas generales y medidas *ad personam*, no
- 115 Favorecen precisamente una tarea de investigación ordenada y planificada como la que teníamos en marcha.
- 116 Hablamos de la línea de investigación centrada alrededor de la Cátedra de Prehistoria y Arqueología Americana, con sede en el Museo. No se trata de la investigación personal del profesor X, que trabaja por sí y para sí, con los medios que tiene a su disposición, o que escribe trabajo tras trabajo, independientemente de su tarea docente y de lo que pasa a su alrededor. Posición que respetamos pero no compartimos porque entendemos que debe darse por superada esa suerte de egoísmo porque lo es, que caracteriza el estadio competitivo, tan caro a muchas generaciones y muchos contemporáneos y favorecen además el culto de la personalidad, con grave mengua para la tarea específica.

Características que hablan bien a las claras de lo que alguna vez llamamos “subdesarrollo” de la antropología y verdadera sumisión intelectual al servicio de los modelos alóctonos.

- 117 Sí, en efecto, la investigación fue alterada en su ritmo. Pero debemos declarar en descargo que todos nuestros esfuerzos se concentraron en sacar adelante el Museo. Los esfuerzos del autor, de sus colaboradores inmediatos y del grupo de alumnos que se nuclean en derredor de la Cátedra, se volcaron hacia la realización del Inventario de las Colecciones del Museo, tarea que quien escribe estas páginas aceptó con cabal conciencia de su magnitud y de la responsabilidad que ello significa. Es que nunca se había hecho un inventario de las existencias reales, tal como lo exigen las leyes Contables de la Nación y las más elementales normas de la Museología. En eso estamos todavía, y salvo cambios no pensados, seguiremos mucho tiempo. Hacemos notar que la palabra en sí, *Inventario*, no sugiere todo lo que hubo que hacer y estamos haciendo, desde limpiar estanterías, lavar materiales, identificarlos, restaurarlos cuando hubo necesidad, ubicarlos, catalogarlos, ficharlos, moverlos, hasta trasladarlos y ordenarlos topográficamente. Ello fue posible gracias a la colaboración espontánea de la gente, que de un modo u otro estaba, y está vinculada con la Cátedra de Arqueología. Mencionamos sólo esta sección porque de ella estamos tratando en especial. No es omisión ni menoscabo de las otras especialidades, que están esperando su cronista particular.
- 118 Esta tarea de Inventario se vincula con algo que no podemos dejar de mencionar, que se cumplió simultáneamente, pero que no es exactamente la misma cosa. Aunque fueron barajadas juntas y sirvieron para recuperar un poco la diluida imagen del Museo, la denominada *Reconstrucción* del Museo tiene otro origen. El inventario fue la primera disposición tomada por el interventor, respondiendo a razones administrativas y técnicas, que debió estar en manos de una persona idónea y capacitada para ello, para regularizar una situación que venía de origen, y de realización impostergable no sólo por esas razones básicas, sino como ordenamiento de un repositorio científico de primer orden para que pudiera ser utilizado en toda su capacidad. La resolución de 18 de junio de 1973 así lo ordenó. La *Reconstrucción* fue obra de las autoridades regularizadas del Museo, Sres. Sala, Depersia y Palermo, del personal estable de la Casa y de colaboradores voluntarios salidos de entre los estudiantes, que cumplieron una tarea encomiable. Tal como el autor prefirió y prefiere denominarla, fue una verdadera *Restauración* que abarcó desde los techos hasta carpintería y pintura, incluida limpieza y desinfección, que no es fácil valorarla a quien no vió como se desarrolló. Es que el deterioro que páginas atrás dijimos que avanzaba por pasillos y escaleras, estaba muy avanzado en el Museo. El planteo y realización de una nueva exposición se incluye también dentro de esta *Reconstrucción* y de ello trataremos en el parágrafo siguiente
- 119 Así como no se trata ni de buscar culpables ni chivos emisarios para el deterioro, sino que hay que salir de él, como salimos en el Museo, no se trata tampoco de consignar de quién fue tal idea, quién propuso tal cosa, quién le dio forma o quién hizo posible tal otra, para la exposición de Patagonia. Todos sabemos bien lo que hizo cada cual. Los que lo hacían pensando en la Casa y los que lo hicieron con finalidades diversas. Lo que importa es que se hizo. Pero esta reflexión que puede parecer reticente o con aire de resentimiento no es tal. Simplemente anuncia que pasado el primer momento de entusiasmo y de espontaneidad, aparecieron tímidamente primero y con virulencia después, el estadio o competitivo, los personalismos, las suspicacias y la clasificación de matices políticos, sin que faltaran los celos profesionales y ensayos para capitalizar una gran tarea. Es ilustrativo al respecto el folleto impreso, en el que con ropaje democrático, igualitario,

provisto por el orden alfabético, se uniformiza totalmente la tarea cumplida. Pero no fue tanto para dar a conocer una tarea comunitaria cuanto para evitar que fulano o zutano sobresaliera un poco más que

- 120 los otros. El germen de la división interna existía y creció rápidamente porque se alimentó con falacias e interpretaciones sectarias algo muy simple y concreto: nadie nace sabiendo, hay que estudiar, leer y preguntar al que sabe para manejarse en el depósito de un Museo tan rico como el nuestro. Y hay gente que está muy apurada, que olvida la humildad y quiere ascender con aceleración y sin preparación, no importa si sobre los cadáveres de sus compañeros y maestros. Y eso no condice con el estilo de vida que estamos integrando en nuestra especialidad.
- 121 Nada de lo dicho en los últimos párrafos desmerece la tarea cumplida ni el éxito que la acompañó. Precisamente esta repercusión fue lo que hizo surgir los apetitos internos y externos para darle contenido y significación parcializada a algo que era sólo cumplir con el deber y las obligaciones para la Casa que nos vio nacer. Valores que en opinión de muchas personas son perimidos, pero que no vacilan en vestirse con ellos cuando pueden ser-les de alguna utilidad para hacerse notar entre sus admiradores y/o seguidores o cuando quieren demostrar a sus amos que hacen cosas, o por simple espíritu egoísta y competitivo. Claro que estas actitudes están siempre escudadas en palabras y frases hechas: pueblo, cultura popular, masa, revolución cultural, antiacadémico, etc. etc. Es que el tejido maligno hace complicadas metástasis que pueden resultar fatales si no hay un diagnóstico adecuado. El autor en este caso da su diagnóstico. Se trabajó honradamente. El trabajo produjo réditos. La enfermedad terrible se declaró cuando los réditos que enriquecieron a la Casa, empezaron a querer ser capitalizados personalmente, desde adentro y/o desde afuera. Los acontecimientos de los últimos tiempos así lo demuestran
- 122 Y en ese año 1973 empezó a tomar cuerpo otra vez la reforma del Plan de Estudios de nuestra carrera. El Interventor y sus colaboradores se encargaron de ello, previa la resolución que dejó sin efecto la vigencia del Plan que mencionamos más arriba. El procedimiento puesto en práctica para la elaboración del nuevo plan no fue, precisamente, ni democrático ni ortodoxo. El anteproyecto original fue elaborado en *petit comité*, a puertas cerradas, sin consultar a los profesores de la Casa. Además, ese *petit comité* no era tan *petit*, en cuanto a esas reuniones o deliberaciones, sean lo que hayan sido, concurría la gente más dispar, con sólo un denominador común: la gran mayoría no conocía demasiado bien de qué se trataba. Claro que hubo excepciones. Y algunas personas fueron realmente honestas en su proceder. La sección de1 anteproyecto referida a nuestra especialidad fue “negociada” en cuanto alguno de los participantes en el que hemos denominado “*petit comité*” estaba haciendo su noviciado en la especialidad, además de manejar información y conocimiento como para que quienes tenían en sus manos el poder de decisión —llamémoslo así— no se desbocaran y aometieran despropósitos tales como algunos que se mencionaron. Tal el caso de la supresión directa de la especialidad por su “falta de vinculación con la realidad nacional y escapismo”, o directamente, dejar que la Carrera toda fuera absorbida por Sociología y afines. Afortunadamente o primó la cordura o cuestiones tácticas y/o estratégicas del momento hicieron que, al fin, tomara forma un Anteproyecto.
- 123 El propósito de las autoridades de la Intervención era proceder directamente a ponerlo en vigencia, tal cual estaba. Esta vez sí, primó la cordura, gracias a la iniciativa de uno de los pocos profesionales conscientes que intervinieron en las tramitaciones, el Lic. Hugo Ratier, a cargo del Departamento de Ciencias Antropológicas. Así tuvimos oportunidad la

mayor parte de los profesores de la Casa, de conocer el anteproyecto, y fuimos invitados a reunión de claustro para su comentario y estudio, invitación que aceptamos los docentes de disciplinas arqueológicas, con alguna excepción.

- 124 En la primera de las reuniones se plantearon algunas cuestiones formales, respecto de la oportunidad y/o licitud del cambio de planes, de la capacidad de iniciativa de la intervención para cambiar planes y otros aspectos que no iban precisamente al fondo de la cuestión, que era la necesidad y urgencia de modificar un Plan de Estudios que venía siendo cuestionado desde una década atrás, inclusive por el autor, que lideró uno de los primeros ensayos de cambio, como hemos señalado páginas atrás. La necesidad de la reforma se impuso, máxime que los reparos argumentados estaban fuera de la esfera de decisión de los allí presentes. Pero esto motivó que se retiraran de la reunión algunos profesores, viéndonos así privados de su valiosa opinión. Pero el proceso siguió adelante.
- 125 Justo es aclarar que en esas reuniones de claustro había más de un asistente cuyo derecho a integrarlo era más que discutible; que el nivel de información distaba mucho de ser equivalente; que más de una intervención olía a obsecuencia y servilismo; que más de uno de los argumentos expuestos estaba viciado de origen al servicio de tal sistema o tal ideología. Pero también es justo declarar que desde mucho atrás —para ser exactos, desde principios de junio de 1966— que no había una reunión abierta sobre el Plan de Estudios de Antropología y que *todos* pudimos expresar nuestras ideas y fijar nuestra posición. Claro, todos los que asumimos una posición frente a la necesidad de reformar los planes. No es tampoco casualidad que a propuesta del autor, se constituyeran Comisiones por especialidad para estudiar y pronunciarse sobre el anteproyecto, sugiriendo mejoras, enmiendas y/o agregados. De este modo, el estudio del área arqueológica del anteproyecto quedó en manos de quienes —por lo menos— hacía largos años que transitábamos el camino: Lic. Osvaldo Chiri, Lic. Luis Orquera, Prof. Juan M. Sueta y el autor, al que se sumó el Lic. Arturo Sala, recientemente incorporado al cuerpo docente.
- 126 Los cambios, enmiendas o mejoras, son las que están. vigentes hasta el momento en que se escriben estas líneas (octubre de 1974). Puede observarse a través de la nómina de asignaturas que integran la especialidad y su duración, que la especialización en Arqueología responde a una línea clara y precisa: la profesionalización. También es la que mayor número de ellas tiene y con exigencias acordes con las necesidades que nos acosan. Una de las reformas aprobadas fue a nivel de Seminarios. El Anteproyecto preveía dos anuales, de los cuales el alumno elegía uno. Nosotros propusimos tres, cuatrimestrales, de los cuales el alumno debía elegir dos. Así introdujimos un Seminario de Conquista y Conflicto, destinado a tratar la situación de contacto entre europeos e indígenas mediante la utilización y aprovechamiento del método etnohistórico, llenando de ese modo un hiatus notorio, comprobable también en la Carrera de Historia, que atenta contra el conocimiento de una verdad fundamental para entender el proceso desde el siglo XVI en adelante, como es la de la continuidad histórica. Así fue aprobado.
- 127 Tampoco fue obra de la casualidad, que a propuesta del autor, una vez terminado el estudio del anteproyecto y con su forma final, se trataran en reunión especial convocada al efecto, y se aprobaran, una serie de normas generales que fijaban el contenido de cada asignatura, para evitar desbordes, parcializaciones o lateralizaciones, que surgen luego, como bien lo sabemos todos, por causas diversas, que no es del caso analizar aquí pero que, de un modo u otro, podían adivinarse por abajo del entusiasmo, las buenas intenciones y el amor por la Antropología. Y el tiempo ¡menos de un año! no hizo más que confirmar que pese a todas las normas y prevenciones, no sólo hubo parcializaciones y

lateralizaciones, sino también desbordes y aun desviaciones. Pero cronistas somos y no jueces, en este momento. Nuestra opinión, escrita y publicada, puede verse en la respuesta del autor a una encuesta sobre la Antropología tradicional planteada por una publicación estudiantil en el mes de julio de este año (1974) después de un cuatrimestre de vigencia del nuevo plan.

- 128 Dos palabras más para terminar con este año de 1973 y se refieren al trabajo de campo cumplido por los estudiantes, egresados y profesores vinculados a la Sección de Arqueología del Museo Etnográfico. Como ampliación del Plan de Investigaciones en desarrollo y cumpliendo con la necesidad de verificar las vinculaciones del Nordeste
- 129 con la porción oriental del Noroeste, se inició una nueva excavación en las Sierras Centrales, en un yacimiento estudiado años atrás por dos de los integrantes de la institución, los licenciados Luis Orquera y Arturo Sala. Esta primera temporada noviembre-diciembre de 1973 fue seguida por otra en marzo de 1974 y una tercera en agosto de este mismo año, con resultados harto favorables. Pero ya estamos en 1974 y según manifestamos, no íbamos a tratar en especial de él. Están demasiado cerca los acontecimientos como para tratarlos con objetividad, más si se ha tomado parte activa en ellos, aunque como declaramos en la Introducción, esta pequeña historia no sigue demasiado los cánones tradicionales.
- 130 Por esto es que finalizaremos con un acontecimiento trascendental para la vida del Museo Etnográfico, que no otra cosa fue la Exposición de Culturas Regionales Argentinas, organizada con colecciones arqueológicas, etnográficas y criollas de nuestros depósitos que acompañó la Exposición Industrial Argentina, en La Habana (Cuba) en julio del corriente año (1974). La idea se originó allá por el mes de febrero en las autoridades de la institución y fue acogida con beneplácito en el ámbito de Relaciones Exteriores y por el empresariado argentino, que entendieron que una exposición cultural de nivel universitario era digno complemento de la otra que exhibía el potencial técnico de la nación. La organización de una empresa semejante sólo fue posible gracias a la colaboración sin retaceos de todo el personal del Museo que contribuyó a la elección de materiales y a la preparación de los elementos que acompañaron la muestra, como mapas, croquis y material fotográfico con sus correspondientes carteles. Por primera vez se proyectaba al exterior la Institución Madre de la Antropología de la Universidad de Buenos Aires. La repercusión de esta exposición no pasó más allá de un reducido ámbito de especialistas y de las autoridades máximas de la Universidad que encabezadas por el Rector Normalizador visitaron el Museo Etnográfico para observar las colecciones y el proyecto de diagramación, explicado por el autor. Muy otra fue la repercusión en el lugar de destino. El lector encontrará en el apéndice la documentación expresa: primero, un texto explicativo de la muestra, con las iniciales del autor, que lo redactara; segundo, copia del informe elevado oportunamente a la Decana de la Facultad de Filosofía y Letras a los pocos días de nuestro regreso.
- 131 Finaliza aquí la primera parte de este trabajo cuyo contenido y exposición sirven, en la opinión del autor, para captar el devenir de la enseñanza y la investigación de la Arqueología en el Museo Etnográfico, que explica a su vez, las particularísimas circunstancias en las que se ha ido cumpliendo, y ayuda a ubicarlas en un contexto más amplio y preciso, permitiendo a la vez aquilatar la situación presente. La documentación anexa en el apéndice, en especial el informe pedido al autor por el Interventor en el área antropología, son testimonio de primer agua, no sólo para apreciar a nivel institucional y personal cuáles fueron los procedimientos utilizados a nivel académico y administrativo

en todo lo referente a la especialidad, sino también para calibrar en dimensión adecuada cual es el espíritu de la Arqueología que se enseña y se investiga en esta Casa, por lo menos en la que está bajo la responsabilidad del autor desde 1961, canalizada a través de la Cátedra de Prehistoria y Arqueología Americana, la Cátedra de Técnica de la Investigación que dictara entre 1970 y 1972, más los seminarios y cursillos que dictara desde la creación de la Carrera en 1959.

LA ARQUEOLOGÍA Y EL MUSEO ETNOGRÁFICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

por: CIRO R. LAFÓN

INTRODUCCIÓN

Las páginas que siguen no aspiran a ser una historia menuda de la importancia del Museo Etnográfico en el devenir de la Arqueología Argentina, porque eso haría necesario un frondoso aparato erudito y documental que por su mismo carácter desvirtuaría la finalidad con la que ha sido concebido. Por el contrario solo pretenden convertirse en un documento espontáneo y personal, casi círrimo con mayor precisión, en un testimonio del autor sobre la enseñanza y la investigación de la especialidad en esa Casa de Estudios a la que se halla vinculado íntimamente desde principios de la década del 40 y a la que sirve desde el mes de febrero de 1948, como docente outsider graduado.

Esta circunstancia presta un matiz particular a todo lo que se dirá más adelante, que lo convierte casi en las memorias de alguien que ha vivido tres décadas en una Institución, por lo menos en su primera parte, que ha sido denominada Pequeña Historia. Pero en su segunda parte, ese sello personal con algo de autobiografía, que tan ajeno parece a los escritos científicos, supuestamente a-sépticos y objetivos, entra en otro cauce más peligroso y poco frecuentado, que puede resultar insólito sino criticable en grado sumo: el autor hablará de su propio papel y de quienes han colaborado con él en la orientación de la docencia y la investigación de buena parte de los trabajos que se cumplen en la Casa en Arqueología. Hablará de él lo menos posible, sin falsa modestia, y mucho de sus colaboradores, porque sin ellos no podría haber hecho gran cosa.

Asunto riesgoso y difícil hacer historia contemporánea cuando quien escribe está haciendo esa historia, tan difícil como ser sujeto y objeto de la Antropología de nuestro país, que es lo que

dos a nivel académico y administrativo en todo lo referente especialidad, sino también para calibrar en dimensión adecuada es el espíritu de la Arqueología que se enseña y se investiga en esta Casa, por lo menos en la que está bajo la responsabilidad del autor desde 1961, canalizada a través de la Cátedra de Prehistoria y Arqueología Americana, la Cátedra de Técnica de la Investigación que dictara entre 1970 y 1972, más los seminarios y cursillos que dictara desde la creación de la Carrera en 1959. La segunda tratará específicamente de ese tema.

Ciró René Lafón
C. R. Lafón

↓
signe en pág. 46

TEXTO A AGREGAR EN EL TRABAJO QUE FIGURA EN EL BÚQUETE QUE LE HE ENTREGADO.

POST SCRIPTUM.

LA SECONDA PARTE DI QUESTA MONOGRAFIA VA SUBO RESERVATA PER RAGIONI
DE MORALE DETALLO. IL MEI SE INIZIÒ NEL 1974 PER CESSARE AD
UNA INTERVENZIONE DI OTTALICAKO VARELAKOS SU LA V.A.
E INFINITO DE DEI MORALISTI, ARROCCO CON LA VIGNA. IL SECON
DO, IL DISCOSTO ABBONDANTE (L'ESPERIENZA) SU LA PAVOLA SE TO
LEGA VIGNA. SI PAVO NUOVA RUSTI, UNA VIGNA BIVALENZA ANCHE
DE MI MORALE IN LA VIGNA SE VIGNA MOVI, UN PAVO, L'ESPERIENZA
DUE VO LA VIGNA MOVI IL MORALE MOVI.

MI LEIENDO LA REVISTA "OFF THE RECORD" DE JOSE GARCIA. EL PA-
RECE, HABERSE COLADO EN EL CASUAL PORTE DE CATEDRAL DE PA-
LOS DE MUELTO PAI, ENVO VOLUMEN CUARTO (1969) PERMITO DOS LE-
YERAS PARA LA, VUOLVO EN LA PARRA DE LA UNICA BOMBA Y POR EN LA RIR-
LA DE LA UNICA EXCUSE. LA ASOCIACION DE UNA DECISIONES DE LA UNICA
DETER DE LA FAMILIA MUJER Y LA INTERVENCIÓN DEL GABO DE LA UNICA
MUELTO POR EL PAIS DE LA UNICA, FUE LA UNICA DE LA UNICA.
FUE HABERSE DE LA UNICA Y LA UNICA DE LA UNICA DE LA UNICA
EXPOSICION ANIMACIONES CULTURALES Y SOCIALES Y LA UNICA DE LA UNICA
DE LA UNICA DE LA UNICA (CURA) A FINE DE JULIO Y JULIO DE
1974, QUE HABIA LA UNICA DE LA UNICA, QUE LA UNICA DE LA UNICA
EL FOLKLORE DE LA UNICA DE LA UNICA DE LA UNICA

MI DEPORTA FUE UN ESTRANGERO INSTITUCIONAL, PERO FUI RECO-
GIDO POR UN UNIVERSARIO PRIVADO (U. BELIZANO, U. DEL SALVADOR,
UNIVERSIDAD DE KENIA) Y POR INSTITUTOS DE UNIV. TERCERARIO, UN

[illegible]

Broderick
CIRIO RENE LAPON PH.D.
PROFESOR EN HISTORIA
(U.S.A. 1981)

DOMICILIO: LINDA LA PIEDRA 884

RANFIELD P.O. Box 10, C.P. 1828
TEL. 4248-1349

BIBLIOGRAPHY

- Centro Argentino de Etnología Americana CAEA (1985). *Evolución de las ciencias en la República Argentina 1872-1972. Antropología*. Buenos Aires: Sociedad Científica Argentina, Tomo X.
- CGJA (Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas) (1988). *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*. Buenos Aires: CGJA, Ed. Mimeo., Talleres de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Garbulsky, E. (2000). Historia de la antropología en la Argentina. en Mirtha Taborda (comp.) *Problemáticas antropológicas*. Rosario: Laborde editor.
- Guber, R. (2006). Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires” en *Avá. Revista del Postgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones, Argentina* 8: 26-56.
- Guber, R. (2006). Obituario “Ciro René Lafón 1923-2006”. En: *Anuario de Estudios en Antropología Social 2005* (pp.287-289), Buenos Aires: CAS-IDES.
- Guber, R. (2009). Política nacional, institucionalidad estatal y hegemonía socio-antropológica en las periodizaciones de la antropología argentina, *Cuadernos del IDES* n.16. <http://www.ides.org.ar/shared/doc/pdf/cuadernos/cuader16.pdf>
- Lafón, C. R. (1960). Reflexiones sobre la arqueología del presente, *Anales de Arqueología y Etnología*. Mendoza, Tomos XIV/XV.
- Lafón, C. R. (1967). Fiesta y religión en Punta Corral (Pvcia. De Jujuy), *RUNA, Archivo para las Ciencias del Hombre* X (1-2): 256-287.
- Lafón, C. R. (1969-70). Notas de Etnografía Huichaireña. *Runa, Archivo para las ciencias del hombre* XII (1-2): 273-328.
- Lafón, C. R. (1972). *Nociones de introducción a la antropología*. Buenos Aires: Editorial Glauco.
- Lischetti, M. (1989). Intervención en las *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*. Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas, Buenos Aires: Ed. Mimeo: 10-13.
- Madrazo, G. B. (1985). Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina, *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* 1: 13-56. Orquera, L. A. (1989). Intervención en las *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)* (pp.58-66). Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas, Buenos Aires: Ed. Mimeo.
- Politis, L. (1992). Política nacional, arqueología y universidad en Argentina. *Arqueología en América Latina Hoy* (pp.58-70) Bogotá: Biblioteca Banco Popular, Colección Textos Universitarios.
- Ratier, H. (1988). Intervención en las *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)* Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas, Buenos Aires: Ed. Mimeo.
- Ratier, H. (1986/2000). La antropología social argentina: su desarrollo, *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales* VIII (IX): 17-48.

ABSTRACTS

Here I present an unpublished document where **Ciro René Lafón**, a doctor in Anthropology, archaeologist and professor of Archaeology of the Bachelor (licenciatura) of Anthropology at the School of Philosophy and Letters of the University of Buenos Aires between 1950 and 1974, tells about his passage through the Ethnographic Museum of Buenos Aires as a student, a teacher and a researcher. In this so-called “Little History”, Lafón refers to his own experience and the efforts faced by the academic community towards the professionalization of the anthropological discipline. He thus refers to the faculty success facing internal and external obstacles. In so doing his testimony adopts a unique perspective: his continuity throughout eras marked by ruptures, interventions and political polarization.

El registro que aquí se presenta corresponde a la historia inédita del doctor en antropología, arqueólogo y profesor de arqueología de la Licenciatura de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre 1950 y 1974, **Ciro René Lafón**, sobre su paso por el Museo Etnográfico de Buenos Aires y su desempeño docente. En ésta que él llama “Pequeña Historia”, Lafón narra su experiencia y los esfuerzos de la comunidad académica de entonces hacia la profesionalización de la disciplina. Presenta así las gestiones, los logros, y también los obstáculos internos y externos. Y lo hace desde una perspectiva que torna único a este testimonio: su continuidad a través de épocas signadas por la ruptura, la intervención y la polarización política.

INDEX

Keywords: history of anthropology – Argentina – Museo Etnográfico/ Ethnographic Museum of Buenos Aires – Porteño/ Buenos Aires Archaeology – **Ciro René Lafón**

Palabras claves: historia de la antropología – Argentina – Museo Etnográfico – Arqueología porteña – **Ciro René Lafón**

AUTHOR

ROSANA GUBER

IDES-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

Correo electrónico: guber@arnet.com.ar